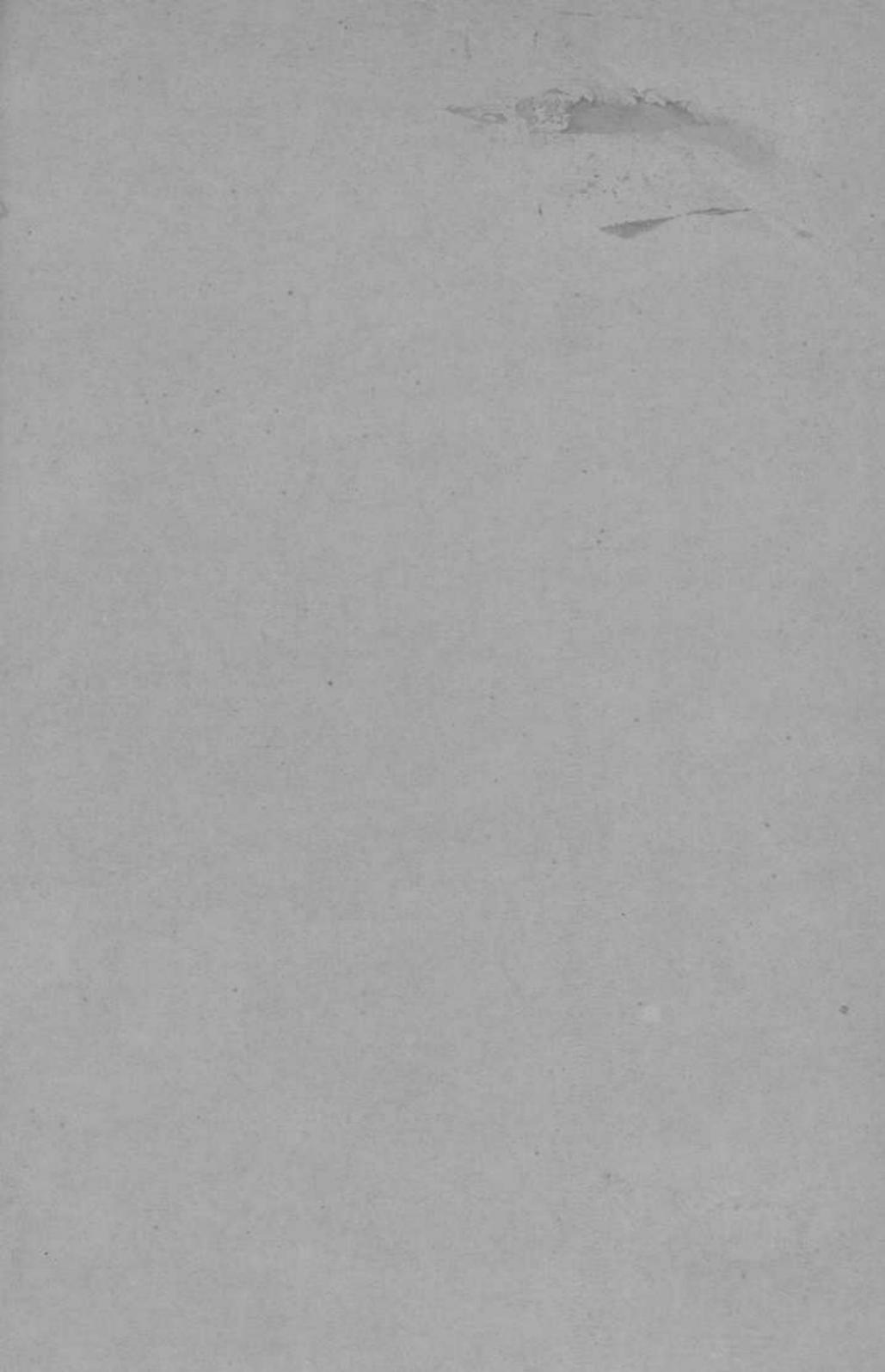




1635









LA FILOSOFIA  
EN LA CIENCIA

---

Es propiedad del autor, que se reserva el derecho de hacer valer todas las facultades que la vigente Ley de Propiedad intelectual le concede.

---

LA  
FILOSOFÍA EN LA CIENCIA

ENSAYO

SOBRE EL CONCEPTO Y CONDICIONES DE AMBAS

POR

JUAN MORENO IZQUIERDO

Alumno de Filosofía y Letras y Doctor en Derecho Civil y Canónico,  
Académico Profesor de la Matritense de Jurisprudencia y Legislación  
y Socio Numerario de la de Escritores y Artistas Españoles

PRECEDIDO DE UNA EXTENSA CARTA-PRÓLOGO

Y ALGUNAS NOTAS COMPLEMENTARIAS

POR

D. MARIANO ARES Y SANZ

Catedrático numerario de la asignatura de Metafísica  
en la Universidad de Salamanca.



SEGUNDA EDICION



MADRID

ENRIQUE TEODORO, IMPRESOR  
calle de Atocha, núm. 80

1882



Á MI QUERIDÍSIMO MAESTRO Y DISTINGUIDO AMIGO

EL PROFUNDO FILÓSOFO ESPAÑOL

## DON MARIANO ARES Y SANZ

La concienzuda, severa y fecunda enseñanza que usted, con celo incomparable, nos prodigaba, me proporcionó la iniciación en las trascendentales verdades de la Filosofía y en el complicado é inmenso organismo del conocer científico; V. se dignó concederme después el honor altísimo de su amistad respetable, y ha descendido, por último, desde la elevada altura donde, sin ajeno apoyo, lograra colocarse entre los que enaltecen el Profesorado español, hasta estampar su nombre al frente de estas humildes páginas, con el único fin de escudar mi impericia y amparar mi debilidad y mi pequeñez, aleccionándome además — mientras todo esto ha ocurrido — con su ejemplo irreprochable, y animándome y fortaleciéndome con sus sabios consejos.

Tales son, lisa y llanamente confesados, los principales motivos especialísimos, las inolvidables distinciones con que V., mi buen amigo, se ha dignado favorecerme, y que, cayendo sobre mi alma, felizmente predispuesta por una simpatía tan honda como antigua, no han podido menos de provocar en ella el afecto tan intenso, duradero é incondicional, que á usted con verdadero reconocimiento consagro.

Cumplo, al consignarlo en este lugar, tal como lo hago, una verdadera necesidad del alma; porque, como V., con semejante razón, ha dicho bellísimamente, «si en los espíritus estrechos y en los corazones mezquinos, es el agradecimiento pesadumbre insoportable y mortificante recuerdo, que se esconde avergonzado de las miradas ajenas, en los corazones sentidos y en las almas nobles y leales es efusión que

se desborda y que con más satisfaccion brota cuanto la coyuntura es más pública y más solemne la ocasion ; » y pública es y solemne (aunque sólo para mí) la ocasion actual, por ser la primera en que me atrevo á llegar hasta las gradas del templo de la ciencia, solicitando de la crítica verdadera, que en éste tiene su propia morada, la libre y decisiva valoración de mis esfuerzos, por recta y competente, más temida y más deseada.

Habiendo, pues, recibido de su inagotable generosidad para conmigo tantos y tan estimables favores, ¿á quién con más justa razon puedo dedicar mi pobre opúsculo? Efectivamente; como mis buenos padres saben que (sin necesidad de dedicatoria alguna, y sin más que por ser mio), debe ser y es, cuanto yo produzca y producir pueda, dos veces suyo, ántes que todo y por razon de naturaleza, ha de serme lícito dedicar á V. las presentes páginas; á V., uno de los más ilustres de mis maestros y mi verdadero *padre espiritual*.

No podré decirle cuánto deploro que mi pobre obrita no sea digna de la envidiable reputacion de usted; y lo lamento tan de véras, porque por su parte podría, en el caso contrario, encontrarse satisfecho quizás del discípulo, y á mí, entonces, me sería posible pagarle algo de lo mucho que le debo, con aquella satisfaccion que mi aprovechamiento en su enseñanza le reportara. Mas, careciendo mi pobre opúsculo de las valiosas condiciones aludidas, porque no otra cosa pueden dar de sí mis raquílicas aptitudes, — pese á lo inmejorable del deseo, — yo le ruego, no obstante, que le acepte tan sólo como testimonio humilde, pero sincero, del afecto profundísimo y del profundo reconocimiento que por V. siento

EL AUTOR

*Madrid, Marzo, 1882.*

---

*Sr. D. Juan Moreno Izquierdo*

Mi jóven amigo y estimado discípulo: No debería ser yo, ciertamente, quien, desempeñando una función propia sólo de las reputaciones formadas y de los nombres de autoridad, se encargase de presentar al público el *Ensayo* en que su juvenil ingenio le ofrece los primeros frutos de sus aficiones filosóficas.

La cariñosa referencia que hace de mi modesto nombre, y la complacencia con que en abono de sus ideas le invoca, coartan mi libertad de juicio, obligándome á reservarle, temeroso de confundir sin quererlo la expresión imparcial del crítico con la benevolencia del maestro. Mas si tal fundado temor de esta no imposible confusión hace que deje íntegra al público la valoración intelectual del opusculo de V., y que ni atenúe ni rebaje ninguna de sus modestas reservas, lícito me es, seguramente, elo-

giar la intencion y el indicio que el hecho de la publicacion acusan, y que revelan en V. una aspiracion levantada no muy frecuente, por desgracia, en la juventud escolar.

Robar á las distracciones y placeres momentos que la edad parece pedir para ellos; consagrarse á la contemplacion reflexiva de trascendentales cuestiones en vez de disiparse aturdidamente en los engañadores goces que á la mocedad solicitan; ejercitar la actividad del pensamiento en esta disciplina intelectual en vez de abandonarse confiado á los rosados ensueños con que la imaginacion brinda á los pocos años, esto sólo es ya de por sí un mérito relevante, y hace concebir la esperanza de una edad viril intelectual fecunda, reflexiva y digna.

El tema por V. elegido para tanteo de sus fuerzas es de ello, en mi sincero entender, feliz y fehaciente augurio.

El concepto de la CIENCIA como armonioso organismo de todo el conocer humano, con garantías de verdad y seguridades de certeza, y la determinacion en ella de lo que es la FILOSOFÍA y de la funcion intelectual que, en su verdadero concepto y contra los que la desfiguran ó la niegan, se halla destinada á cumplir, condiciones son ambas para venir á la vida del pensamiento con el alto y levantado sentido de que necesitan estar dotados los que

hayan de ejercer en sociedad cualquiera profesion científica.

Porque, el que no conciba la Ciencia como encaenamiento sistemático de conocimientos verdaderos al abrigo de la duda ; como bella entidad orgánica en cuya contemplacion y expresion se emplea complacido el espíritu, y como obra moral humana que engendra la satisfaccion del fin cumplido ; de qué otro modo podrá considerar la suya que como hacinamiento casuístico de vacilantes opiniones, como mecánica tarea penosa y rutinariamente ejercida, y como obra utilitaria y egoísta, encaminada nada más que á obtener bienes materiales ?

Y el que no vea en la Filosofía la base y fundamento firme de todo saber de experiencia, y la reguladora de todo proceder intelectual ; qué otra cosa podrá hallar en su ciencia más que acumulacion de hechos allegados por aluvion, ó generalizaciones prematuras y vacías abstracciones ?

En estos diferentes modos de considerar el saber y las relaciones jerárquicas entre sus diferentes géneros va la diferencia del metafísico que estudia la realidad en su esencia y expresion ideal, de las que son reflejo los hechos, al pseudo-filósofo que da cuerpo á abstracciones vanas ó viste de exótico lenguaje las operaciones más triviales del llano sentido comun; del matemático que ve en las combina-

ciones de la cantidad la forma necesaria de los hechos de la Naturaleza y de las leyes que los rigen, al calculista desocupado que no las halla más aplicación ni sentido que resolver problemas inútiles; del físico que estudia las fuerzas naturales y las propiedades de la materia para hacer servir unas y otras á los fines de la razón y la humanidad, al prestidigitador charlatan que rebusca los fenómenos más extraños para sorprender á un público ocioso; del químico que investiga los misteriosos consorcios que se verifican entre los impalpables átomos para dirigir estas fuerzas íntimas á fines civilizadores, al alquimista que tortura la materia en alambiques y retortas para producir afeminadores afeites; del naturalista que clasifica y ordena los seres todos naturales segun sus relaciones jerárquicas y el progreso que revelan en el orden teleológico para corroborar este orden, al cazador *de moscas blancas* que recorre média Tierra en busca de ejemplares extraños para aumentar sus colecciones; del médico que, para restablecer al organismo en sus condiciones normales escruta con mirada atenta el complejo conflicto de fuerzas que causan su perturbacion, al curandero rutinario que, como el *Médico á palos* de Moratin, receta *sopa en vino* para curar la mudez porque así se suelta la lengua á los papagayos; del historiador que refiere los hechos humanos segun sus relaciones

causales y dentro de un fin providencial cumplido libremente por el hombre, al narrador de consejas y fabulosas hazañas que hace de la Historia producto y pasto á un tiempo de imaginaciones exaltadas y curiosidades femeniles; del jurisconsulto que con la vista en los ideales del Derecho hace por que se traduzcan en la ley y resplandezca en su aplicacion la justicia, al abogado pica-pleitos que no ve en cada cuestion litigiosa más que la ocasion propicia para multiplicar pedimentos y explotar á su cliente; del político que, viendo en la ciencia del Gobierno la más intrincada y compleja de cuantas cabe constituir, tiene en cuenta todos los elementos activos que determinan al sér social y marcha por vías de progreso y con vientos de libertad hácia el ideal humano, al cacique voluntarioso y al vividor despreocupado que hacen de la política el medio de imponer su vanidad ó de explotar en su provecho á los pueblos; en una palabra, de toda profesion científica conscia, gustosa y noblemente ejercida á esa misma profesion cumplida sin idea de su sentido, sin arte ni sentimiento en las formas y con ruindad y egoísmo en los fines.

¡A resultados tan opuestos cabe ser conducidos segun que se venga á la Ciencia con clara idea de su concepto y funciones, ó sin nocion exacta de ella y por rutinarismo intelectual!

Ni le pese tampoco, amigo mio, llegar de su parte con el sentido armónico en que está inspirado su *Ensayo*. Tiempo de libre exámen el nuestro, tienen todas las opiniones derecho á ser respetadas, como alcanza la categoría de deber en todas las conciencias sinceras el emitirlas honradamente para que se encuentren y luchen. No de otro modo puede progresar el pensamiento y ensanchar su esfera de accion. A los sistemas exclusivos, lo mismo bajo el aspecto lógico que en los resultados ontológicos, pues que uno y otro concepto van indisolublemente ligados, toca extremar las conclusiones y descubrir los puntos flacos que presente el adversario: á la indagacion propiamente armónica, y no arbitrariamente ecléctica ni meramente sincrética, la corresponde á su vez recoger los datos valederos para edificar paciente y pausadamente con ellos el inacabable edificio del conocimiento científico.

Así, pues, á los adversarios declarados de todo pensamiento filosófico como á los encomiadores idólatras que le proclaman exclusivo; á los que empuñan su alcance reduciéndole á generalizar la experiencia como á los que desnaturalizan su carácter convirtiéndole en abstracto discurrir, sigamos oponiendo, sin que nos arredren ni los enconados ataques ni las burlas más ó menos sarcásticas que puedan venir de cada campo, el espíritu de concilia-

cion y templanza, de ponderacion y de equilibrio en que se reconocen por legítimos la especulacion y la experiencia, la idea igualmente que el hecho, el número y el fenómeno, que componen juntos la ley con que los sucesos cambiantes reflejan el fondo eterno del sér.

Empero, si la concepcion de la Ciencia en su constitucion orgánica y metódica integracion es requisito indispensable para venir adecuadamente al ejercicio de una profesion científica, no basta esta preparacion sola para obtener aquel ejercicio en la esfera de cada una. Se tiene el plano, pero no todavía la obra; el bosquejo, no todavía el cuadro. Bajo aquel plano general, bajo este boceto primero hay que levantar el edificio, y pintar posteriormente el cuadro.

Ahora bien, mi jóven amigo; V. posee ya el boceto para completar sobre él el cuadro de su vida científica; tiene el plano para levantar sobre su traza el edificio de su mision profesional: ¿con qué materia y elementos dará colorido al primero y forma y consistencia al segundo?

Permítame V. en esta parte que le dirija una indicacion. Consagrado V. especialmente á la ciencia del Derecho, tiene en ella un ancho y hermoso campo donde ejercitar sus actividades, aplicando

con exactitud escrupulosa las doctrinas que enuncia y desarrolla en su *Ensayo*. No sea V. cual tantos pretendidos lógicos que definen la definición para quebrantar su propia doctrina en cuantas cosas se les ofrece definir; no imite á los que predicán de palabra para contradecir con el ejemplo, proclamando y preconizando una teoría y echando por el camino opuesto en la práctica.

Inspirándose en el sentido y tendencia que en su opúsculo se revelan; aplicando, aquí con más especialidad aún que en otra profesion cualquiera, el espíritu de armonía que lógicamente proclama, marche siempre con la vista en el ideal observando atentamente los hechos que con libertad se producen, para que en su encarnacion legal puedan reflejarse á un mismo tiempo el tipo eterno de la Justicia y el hecho histórico de la equidad del momento.

Y ora sea que se resuelva V. un dia á exponer teóricamente esta determinacion especial de la ciencia del Derecho, ora que sin acometer esta empresa se proponga únicamente cumpliéndolo con fidelidad, ajustar á tales principios su vida y conducta jurídicas, cabráme siempre la satisfaccion no pequeña de haber arrojado en su espíritu, por ministerio de mi enseñanza, los gérmenes primeros de su fecundacion intelectual.

Entre tanto, reitérole á V. mi enhorabuena por

las aficiones y tendencias que su opusculito revela, y en el que, si habría algo que rectificar en el fondo y que retocar en las formas, es poco y accesorio al lado de la intencion que le inspira, y sobradamente disculpable en el modesto carácter de ser sólo un primer *Ensayo* el trabajo que ofrece hoy al público.

Así confía que habrá de estimarlo éste, su afectísimo amigo y maestro S. S. Q. B. S. M.

M. ARES.

Salamanca, Febrero, 1882.



LA FILOSOFÍA  
EN LA CIENCIA



(NOCIONES, APUNTES Y REFLEXIONES GENERALES)



---

## INTRODUCCION

---

Si las frases que encabezan estas páginas no hubiesen dado, aún, clara y suficiente idea de nuestro pensamiento y de las condiciones en que tiene que realizarse, bastará añadir algunas líneas con objeto de atender á la necesidad expresada, aún cuando corramos riesgo de que no se estimen del todo oportunas y se tomen, por el contrario, como impropias del lugar; para cuyo caso, siquiera, bien puede sernos lícito esperar que lo interesante del fin, justifique, ó disculpe á lo ménos, lo inadecuado de los medios.

Asunto de importancia trascendental es ciertamente el que á nuestra consideracion dejamos propuesto, y el que será materia de estos apuntes: tema objeto de profundo interes para los más, de cuantos viven consagrados á la vida del pensamiento: grave cuestion que entraña el germen de influencias decisivas en el organismo del conocer científico y en la peculiar esfera de cada una de las ciencias particu-

lares, puesto que del sentido que á su resolucion se imprima, unas más, ménos otras, éstas poco, mucho aquéllas, en todo esotras, habrán de resentirse todas; pero asunto, tema ó cuestion, tan erizada de oscuras dificultades en el vasto campo donde se ensancha, que no es mucho nos cause penoso desaliento la simple tentativa de abordar semejante estudio, al contemplar su grandeza tan por encima de la atmósfera pesada y reducida que sostiene el vacilante y perezoso vuelo de nuestras modestas é incipientes aptitudes científicas, y donde extienden su limitada jurisdiccion nuestros conocimientos superficiales.

Mas no se prejuzgue que existe contradiccion entre lo que ahora, con perfecta seguridad, decimos, y lo que, al decidirnos á tratar este asunto, por demas difícil y oscuro, hacemos; pues conociendo afortunadamente, y quizás no con enorme desacierto, cuál es la extension y alcance de nuestras facultades, y siéndonos fácil, en virtud de este conocimiento, aquilatar toda la pequeñez de la cantidad que podría representarle, no puede arrastrarnos imprudente nuestro deseo hasta la indisculpable osadía de intentar ni por un momento el desarrollo cumplido del tema que es objeto del presente *Ensayo*. Ni aún esperamos tampoco poder presentar el que le demos avalorado con digno ropaje, con elegante estilo y con ese rigor didáctico propio de los concienzudos trabajos filosóficos; dotado del racional, lógico y seductor encadenamiento que nosotros no sabemos sino admirar con íntima fruicion en las producciones inimitables de nuestros buenos maestros.

Mucho más reducida, y bastante más acomodada á nuestra actual manera de ser, la aspiracion que nos instiga y mueve se propone no más bosquejar, señalando apénas los puntos más culminantes, el cuadro de la ciencia; describir su plan general interno, citando á la ligera las notas más capitales que contiene; indicar qué sea la Filosofía y mostrar el lugar que, en vista del concepto formado, debe ocupar en el orden total del conocimiento científico. Tal es el objeto de este ligero trabajo, sencillo tejido de comunes reflexiones y, tal vez, no muy metodizadas ideas.

Pero no porque sea de esta índole elemental nuestro trabajo, nos juzgamos exentos ni dispensados de seguir cierto orden en su desenvolvimiento y exposicion, la cual,— como de la simple reseña hecha de los puntos principales que debe abrazar se desprende, — será sometida á un plan, más ó ménos racional y fundado, pero en el cual se detallan partes bien distintas, y en cierto modo independientes, cuyas partes no está de más enumerar con mayor precision.

Consignemos, pues, que ha de dividirse principalmente nuestro estudio en tres secciones. La primera contendrá una nocion general y brevísima de la *Ciencia*; diremos algo en la segunda referente á su *Division*, y tratará la tercera (1) de la *Filosofía* como

---

(1) Los párrafos añadidos al final, por vía de apéndice, que se refieren á las relaciones entre la FE y la RAZON, si bien no se encuentran propiamente dentro del asunto de esta tercera parte, pueden considerarse incluidos en ella, por lo in-

género científico, en primer término, y de su utilidad, importancia y sustantividad como ciencia particular, por fin, *más subordinada y generalmente todavía*, ó ménos metódica y más secundaria y elementalmente aún; esto es, sólo en cuanto sea esta parte obligado complemento de los capítulos precedentes y sirva como de objetivo á nuestro plan ó de apetecido y digno, ya que no espléndido, coronamiento á nuestros propósitos.

Cada una de estas secciones irá subdividida en las partes que entendamos dignas de más especial atención — á cuyo parecer estará su extensión proporcionada — ó más útiles para servir á la claridad del texto; bien que, á pesar de nuestros propósitos y de cualquier modo, los que lleguen á tomar estas hojas en sus manos, quienes quiera que sean, no deben olvidar nada de lo hasta aquí expresado, ni apreciarlas sino como una sencilla exposición,— probablemente no muy atinada,—de nociones y sucintas reflexiones acerca del tema elegido, evocadas aquéllas y producidas éstas por el recuerdo de los primeros y más rudimentarios conocimientos adquiridos no há mucho en las cátedras de Filosofía.

Hé aquí sinceramente confesados el valor intrínseco y la trascendencia que damos á esta obrita, no debiendo nadie esperar de ella ni un átomo más de lo que suele ofrecer un primer ensayo, siquiera éste verse sobre cuestiones filosóficas: tomándola

---

tinamente ligadas que están, en el fondo, ambas cuestiones, y por el fin que aquel apéndice viene á llenar en nuestro opúsculo.

en distinto sentido, se habrá desnaturalizado su carácter, falseando al par nuestras intenciones.

La constante predilección que por los estudios filosóficos sentimos nos seduce y pone en nuestras manos la pluma, sin habernos permitido ántes reparar en la propia insuficiencia ni medir la magnitud y sondear la dificultad del asunto; empero, no abrigamos ningún género de pretensiones, y en esta disposición puede quizás salvarnos la bondad ingenua del deseo.

Una vez sentado cuanto antecede, damos fin á este preliminar, puesto que está cumplido su objeto por lo que á los motivos de nuestro obrar toca, y hechas las advertencias, respecto á los medios de ejecución, que más nos preocupaban.

---



I

LA CIENCIA



---

## I

Al comenzar el exámen crítico y severo de nuestras ideas y apreciaciones sobre cuanto nos afecta en todos sentidos, con el propósito de *organizar adecuadamente*,— ó sea de construir en *Ciencia*,— aquellas apreciaciones é ideas, no venimos de la pura ignorancia en el conocer; la verdad de cuyo aserto revelan multitud de frases de uso frecuente en el lenguaje comun, y comprueba, sobre todo, el universal concepto de aquélla. Mas no por esto, en el caso presente, como siempre que de cuestiones científicas con carácter general se trate, creemos fuera de ocasion empezar por establecer, ó recordar en su caso, no sólo que somos y existimos, sino que pensamos, esto es, que estamos dotados de cierta actividad anímica que podemos dirigir, — y que de hecho constantemente dirigimos, — á conocer; que este movimiento generador nuestro, ni es un supuesto más ó ménos posible que respecto á nosotros hacemos, ni queda tampoco en vaga indeterminacion ó inaplicable y fantástica tendencia, sino que, en la continua sucesion de todos los momentos,

puede ofrecernos resultados indudables, reales y concretos de su verdad, con el conocer que nos depara; el cual, tanto puede referirse á lo que está dentro de nosotros mismos, al mundo interior, como á lo que está fuera, ó sea al mundo que nos es externo; y que para la contrastacion de la fidelidad, legitimidad y exactitud de todos esos resultados, poseemos tambien una inapreciable piedra de toque, á la que llamamos conciencia racional, consistente en la propiedad que nos es característica, de ser íntimos de nosotros mismos. Al mismo tiempo, y por otra parte, sabemos tambien que la realidad toda, ó cada una de sus partes aislada, hasta cierto punto, puede ser objeto de nuestro pensar, y llegarlo á ser, por tanto, de nuestro conocer; porque ella contiene correlativamente otra propiedad expansiva, que podríamos llamar, que la hace apta para desempeñar el papel expresado en el acto del conocimiento: esta propiedad es la de poder ser conocida, ó la de su cognoscibilidad.

Distintos medios y otros elementos vienen, en union de los indicados, á darnos la posibilidad y las condiciones adecuadas para la elaboracion de la obra científica, la cual, abandonando estas citas, diremos que puede y debe ser considerada primeramente en conjunto, ó como objeto total, en cuyo sentido, segun es lógico, tiene su más alto y real concepto lo relativo al conocer, poseyendo esta elevada esfera su propio calificativo: La Ciencia.

---

Efectivamente, el conjunto sistemático, el perfecto organismo de verdades indagadas merced á un proceso metódico de aplicacion de la actividad del sujeto, ó de sus diversas *fuentes reales* de conocer, al elemento cognoscible de la realidad, y adquiridas con certeza plena en la unidad primera de la propia *conciencia racional*, es lo que constituye ese grandioso *todo* que con precisa y breve locucion llamamos *La Ciencia*.

El factor simple de *La Ciencia* es el conocimiento, siquiera necesite hallarse constituido con determinados caracteres, que indicaremos luégo.

El conocimiento es una relacion especial establecida entre un sujeto y un objeto, que nace de la presencia de éste ante aquél y para su distincion de ambos (1); y siendo esto así, podemos asegurar que el conocimiento no existe jamás sino en la relacion referida y por ella, constituyendo su resultado, no teniendo, por tanto, existencia objetiva y real fuera de esta relacion mantenida entre los términos. El

---

(1) La relacion de *presencia* del objeto ante el sujeto es la característica *genérica* de todos los hechos de conciencia, dándose, por lo tanto, en la esfera de la sensibilidad y de la voluntad lo mismo que en la esfera de la inteligencia. Las características *específicas* de cada una de estas tres esferas totales de la conciencia estriban en ser la presencia intelectual para la *distincion* de los términos de la relacion; para su *identificación*, en la presencia estética ó sensible, y para la combinacion de ambos modos en la conciencia volitiva ó moral.— Así lo comprueba multitud de frases del mismo sentido comun que estima el conocer como la facultad de *discernir*, y entiende el sentimiento como la compenetracion del sujeto que siente con el objeto de su sentir. — (Véase sobre este punto la *Psicología* del Sr. Gonzalez Serrano, pág. 45, y nota de la misma.) — *N. del Sr. Ares y Sanz.*

sujeto, en una palabra, concurre con el objeto á la formacion del conocimiento, pero no dá nunca la existencia al objeto, y tampoco, como es consiguiente, puede darla por sí sólo al conocimiento. Términos ambos necesarios en la relacion, léjos de excluirse, se corresponden y unifican, mas sin llegar nunca á confundirse.

Como los objetos son infinitos, y varios ademas sus modos de presencia, infinitas son las relaciones que con el sujeto ó sujetos pueden darse, es decir, los conocimientos, é infinita debe ser también *La Ciencia* que por ellos está compuesta é informada en todo independiente.

Indiquemos á la ligera sus notas características y su total composicion.



¿Cuál es el verdadero concepto de *La Ciencia*, su propio contenido; las condiciones de ambos términos, y en qué sentido hablamos de aquélla?...

El más vulgar y prematuro concepto de ella, la supone como algo efectivo que hace referencia al conocer, aunque el comun sentir nos advierte desde luego de que no todo el conocer forma, rigurosamente pensando, parte de la Ciencia.

En efecto, es el pensar, como se ha indicado ya, actividad constante é involuntaria del conocer, y éste á su vez propiedad esencial del espíritu.

Ahora bien, ni pensamiento alguno, ni la relacion referida en que hemos hecho consistir todo conocimiento, pueden concebirse sino bajo el necesario

supuesto de la coexistencia de los dos términos, *objeto* y *sujeto*, trayendo á la conjuncion de que debe surgir el acto á que nos referimos el elemento comun de la cognoscibilidad de ambos, aportada por cada cual segun su modo característico, esto es, como *receptiva* en el objeto, como *activa* en el sujeto; pero, á poco que nos fijemos en el contenido del conocimiento, nos convencerémos, con la misma seguridad, de que no está constituido solamente por la concurrencia de ambos términos; porque ni és ni puede darle por sí sólo el *sujeto*, que en el mero hecho de conocer tiene que hallarse conociendo algo (sin que ahora prejuzguemos por esto si este algo tiene ó no en todos los casos verdadera realidad objetiva), ni tampoco le compone sólo lo conocido, ó el *objeto*, pues, al decirse el conocimiento de éste, naturalmente que por álguien ha de percibirse lo que de él sea conocido. Resulta, pues, que en la superior composicion de los elementos aportados por ambos términos, en su racional pero discreta union, ó sobre la relacion bilateral de ellos, es en lo que propia y esencialmente consiste el conocimiento, y donde su verdadera nota primordial y característica residen.

Estas condiciones, que desde luégo hemos hallado como más simples componentes del conocimiento, son indefectibles, tienen por necesidad que existir en cualquier acto de concrecion de la actividad cognoscente de un sér (aunque el pensamiento vulgar no se dé cuenta de ello), y pueden, por tanto, predicarse lo mismo del conocer científico como del no científico; es preciso, pues, insistir en su estudio

para encontrar las diferencias que separen estos aspectos. . . . .

Primeramente, la relacion del conocimiento, aunque compuesta de elementos subjetivos y objetivos, ha de ser vista en la conciencia en perfecta *unidad*, tanto de estos elementos como de lo que para la relacion cada uno pone; sin cuya condicion no puede quedar satisfecho y lleno, cuanto á la total é íntima cualidad del conocimiento científico hace referencia.

En el trabajo de comprobacion de la verdad de la teoría del conocimiento, que tiene su propio lugar dentro ya de la verdadera Ciencia, la *unidad* pre-exigida de toda relacion de conocimiento sirve de principio fundamental é insustituible para la posterior determinacion y distincion de los términos que concurren á la formacion de aquél; y por esto la vista de conciencia de la posicion del conocer en tal *unidad compositiva*, pero total é indistinta, es la primera condicion que debe pedirse al conocimiento que en toda su esencia cualitativa llamamos Ciencia, ó que á ésta referimos en su más amplio contenido.

Percibida, ademas, la presencia del objeto en el sujeto del conocer, es necesario que el resultado de aquella percepcion sea conforme con la esencia de lo conocido, es decir, verdadero; pero no basta esta exigencia para que el conocimiento tenga el propio carácter de científico, pues el sujeto puede poseer verdades que, á pesar de serlo objetivamente,— en sí mismas consideradas,— y cayendo, por ello, dentro de la Ciencia total, no deben, sin embargo, decirse

tales en relacion de la propia ciencia del sujeto, ni son jamás consideradas por esta razon como científicas.

Sobre el requisito de la verdad debe contener, pues, el conocimiento científico, el de ser formado con arreglo á la exigencia anteriormente dicha, ó, lo que es lo mismo, puesto y desarrollado en sistema. Y como última condicion necesita, no sólo,—segun hemos afirmado,—que lo percibido en el sujeto esté en un todo conforme con lo traído á la relacion por el objeto; no sólo que el conocimiento sea verdadero, sino que el sujeto se sepa reflexivamente de esta verdad, conociendo su conocimiento claramente en la intimidad de la propia conciencia, ó sea, teniendo razon y *certeza* de él; y hallándose, finalmente, en la misma terminante conformidad con las reglas subjetivas del pensar.

Podemos, por lo tanto, afirmar que de este modo se distinguen, en pura cualidad, el conocer vulgar ó precientífico y el conocer que constituye el esencial contenido de la Ciencia, y, en resúmen, que *conocemos científicamente* en tanto, en cuanto la exactitud de nuestro conocer nos es sabida; ó, en otros términos, que tenemos el *conocimiento científico* de un objeto cualquiera cuando corresponde por completo lo que de él vemos con lo que es realmente, cuando existe acabada conformidad entre lo conocido por nosotros del objeto, lo que este objeto es en sí mismo y la ley del pensar en el sujeto (en cuya última conformidad radica ó se funda la verdad subjetiva), ó sea, en conclusion, cuando poseemos la *certidumbre* del resultado verdadero de nuestro pensamiento en relacion con lo pensado, que

debe sernos presente á la conciencia en la plenitud y verdad del objeto mismo, considerado en todas y cada una de sus relaciones, en todos sus modos y en la totalidad de sus esferas.

† La Ciencia es, pues, en su más alto concepto un «sistema de verdades evidentes y demostradas;» así que, á más del *fondo* indicado, tiene — como tal— su *forma* en ese mismo sistema, mejor aún, en ese *organismo* ó sistema de sistemas, y posee un plan de investigación, puede decirse, un *instrumento* adecuado, mediante el que se informa, que es el *método*.

---

De todo lo dicho acerca de la Ciencia deduciremos, por tanto, que las condiciones que indispensablemente debe reunir para que sea posible han de referirse al *fondo*, á la *forma* y al *instrumento*; pudiéndose llamar, en consecuencia, *esenciales* ó *materiales*, *formales* é *instrumentales*.

.....

.....

Las primeras (*materiales*), como relativas al total é interno contenido de la Ciencia, necesariamente han de abarcar todas las cuestiones que puedan surgir acerca de la *posibilidad* y *legitimidad* del conocimiento *científico*, ó de la *certeza* de nuestros conocimientos, de las cuales no debemos ocuparnos más detenidamente en este opúsculo, una vez sentado cuanto antecede.

Las segundas (*formales*) tienden y sirven á la indispensable *organizacion* de las verdades — conocimientos — halladas con sujecion á las circunstancias preexigidas; y encierran en su peculiar esfera la solucion de los problemas todos que versan sobre aquel organismo, tales como los relativos á la *unidad, variedad y armonía* de la Ciencia.

Bástenos indicar únicamente, en cuanto á la primera (unidad), que esta condicion se funda y muestra en que la Ciencia es ántes de todo una, como la más alta y total esfera que contiene en unidad indistinta nuestro conocer, cuya verdad enunciamos diciendo «no hay más Ciencia que la Ciencia;» mas si descendemos luégo á determinar, segun debe hacerse, esta unidad con sujecion á los términos del acto del conocer, encontramos que habrá de darse como *subjetiva*, como *objetiva* y como *compuesta*, puesto que esta misma distincion de factores se observa en la relacion constitutiva de toda especie de conocimiento. Hallaremos resultando entónces la unidad *subjetiva* de la necesidad de que nuestros pensamientos se reunan y compenetren bajo un solo y absoluto concepto, y basada en que no puede ménos de ser *una* la inteligencia cognoscente;... la *objetiva* surgiendo de la unidad primera y real del objeto de la Ciencia en sí mismo, que es, como uno, igual para todos, sin consideracion á estados, lugares ni tiempos; ésto es, la Ciencia entera exige *un* objeto — *Sér* — que abarque en él, conteniéndolos en unidad armónica, todos los *séres* é infinitas manifestaciones, determinaciones y modos de la *realidad*, y fuera del cual es imposible la existen-

cia de nada: luego diremos bien afirmando, en resúmen, que esta unidad objetiva de la Ciencia estriba en la unidad de la Realidad cognoscible; y *una*, finalmente, ha de ser la Ciencia en ambos sentidos á la vez (1), de cuyo totalísimo concepto deberá llegarse á ver ó encontrar la exacta y acabada expresion en el *principio*; realidad absoluta, inmanente, eterno y admirable *Todo*, y última y suprema razon de ser de la Ciencia entera; el cual podrá ser considerado como principio de existir (*principium essendi*) y co-

(1) Constándonos que nuestro queridísimo prologuista rechaza, en gran parte, este concepto de la *unidad* de la Ciencia, por considerarle producto ecléctico, en nosotros, de una conciliacion (por lo visto ni muy meditada ni muy perfecta entre lo propio de su teoría y el sentido que M. Tiberghien imprime á la suya), creemos de nuestro deber consignarlo explícitamente, despues de confesar que la indicada por él ha sido, en verdad, la tendencia que nos guiara al trazar las líneas á que esta observacion se refiere, porque lo considerábamos legítimamente factible y realmente armonizable.

Como nos falta el tiempo ya para estudiar de nuevo este punto y (en caso de ser capaces de conseguir el convencimiento de la existencia de la inarmonizable duplicidad de criterio y significacion que se nos señala) decidirnos resueltamente por una ú otra tendencia, no podemos consentir que (sin más que por habernos favorecido con el *Prólogo* que el lector ha podido ya saborear y haberse dignado avalorar y engrandecer sobremanera el texto adicionando algunas *Notas*, tan bellísimas como oportunas), no podemos consentir por esto, repetimos, que ni ahora ni en todo el desarrollo de este humilde opúsculo llegue el Sr. Ares y Sanz á ser considerado por nadie cómplice, en mayor ó menor cuantía, de los que muy bien pueden ser — y de hecho serán — imperdonables errores nuestros; nuestros sólo, no lo olvide el lector, pues lo advertimos en esta ocasion y de una vez, para tranquilidad y satisfaccion de nuestra propia conciencia, por lo ménos; áun cuando es muy respetable el nombre de nuestro querido maestro para que puedan alcanzar á calumniarle suposiciones tan impropias de todo buen sentido.

mo principio de conocer (*principium cognoscendi*); ó, lo que es lo mismo, esta última unidad, la unidad *compuesta*, finalmente, la vemos fundada en la existencia de un conocimiento que ha de ser á la vez principio lógico y ontológico. . . . .

Respecto á la segunda (variedad), hallándola desde luégo fundada y determinada en los opuestos elementos — subjetivo y objetivo — del conocer, y además en aquel tercero en que se muestra la recíproca y precisa correspondencia existente, en cada acto ó *posicion efectiva*, entre la serie compleja de las operaciones del pensar, en que puede producirse esta facultad, y la inagotable serie de los objetos del pensamiento ó de lo pensado. En otros términos, ó de manera más clara y breve, podemos decir que la *variedad* se determina subjetivamente por las fuentes de conocer; objetivamente, por los modos de presencia del objeto; y compuestamente, por la correlacion entre las primeras y los segundos, entre las fuentes cognoscentes y los modos cognoscibles; cuyas afirmaciones bastan para nuestro fin. . . . .

Y cumplimos lo que se refiere á la tercera (armonía), por último, designando—para mostrar el *cómo es*—la *fórmula de la organizacion*, mas cuidando racionalmente, al designarla y aplicarla á cada uno de los géneros todos de la realidad, de no caer en ninguno de los exclusivismos que se han hecho patentes en la historia de la Filosofía; descubriendo en el análisis las primordiales relaciones de *continencia*, de *subordinacion*, de *causa*, etc., entre el todo y las partes, como *engendradoras* de la armonía; dándonos claramente razon y cuenta de por qué y cómo

la Ciencia, al ser armónica, tiene que ser *demostrativa*; de hasta dónde puede y debe llegar, ó cuáles han de ser los límites de la *demonstración*, con otras cuestiones y exigencias no ménos trascendentales, todas dignas de riguroso estudio, de exámen detenido, y cuyo conocimiento se impone como de apremiante é ineludible necesidad.

Las últimas (*instrumentales*) ofrecen el *medio* perfecto y seguro para la *investigación* de la verdad, y señalan el proceso y carácter racional que debe seguirse en cada uno de los momentos de aquélla; son como la vía abierta, el insustituible derrotero y al mismo tiempo la brújula constante en la marcha lenta y difícil de preparatoria exploración por el yermo campo precientífico, en cuyo accidentado é inmenso horizonte, de perpétua vaguedad, de indefinición perpétua, hay que erigir — por virtud también y en observancia de las *condiciones* que nos ocupan—la base firmísima é incontrastable de todas las verdades que forman la trama de la *Ciencia*; base que, en el primer momento de la indagación, será cual radiante faro dentro de una atmósfera de opaca negrura, ó como isla granítica en medio del recio embate de las impotentes olas, porque en vano tratarán de envolverla las tinieblas de nuestra humana limitación, y porque la azotarán en vano las trombas del borrascoso mar de nuestras dudas.

.....

Para adquirir el convencimiento de la justa razón por que debe ser considerado con gran interés el

estudio de lo referente á estas *condiciones*, ó sea, de la capitalísima importancia que al *método* debe concederse, basta meditar que si el espíritu pensante ha podido, con anterioridad quizás, adquirir conciencia de la posibilidad en que se encuentra siempre de formar ó construir la ciencia, mejor dicho, el conocer en general, en cambio no le es suficiente esta adquisición para realizar tal posibilidad como es preciso hacerlo; porque ella no le dice el modo y forma cómo deben ser adquiridos sucesivamente los conocimientos, para que resulten penetrados de toda la solidez y verdad que hán menester en esta esfera, para que estén dotados de todos los requisitos y de las seguridades todas, en fin, propias del conocimiento científico. Esta enseñanza debe reportarla el *método*, el cual exige como condicion ineludible, y primera en el orden del pensar, la existencia de aquella base de que tratábamos en el párrafo anterior, para erigirla en ancho cimiento de cuantas verdades puedan despues ser presentes á la subjetiva racionalidad, á la potencia cognoscente del sujeto.

Reconocida evidentemente la base expresada, á la cual llamamos *punto de partida de la Ciencia*, y que es circunstancia de imprescindible necesidad para que ésta pueda ser construida en verdadero sistema ó bajo forma orgánica, comienza el desenvolvimiento de la indagacion y *asimilacion* de la verdad; proponiéndonos como única y constante norma de nuestro proceder, una marcha lenta, gradual, desapasionada, juiciosa, circunspecta y rigurosamente crítica, por la que pasemos de conocimiento á conocimiento, *sin admitir jamás ningun-*

*no interin no tengamos de él certidumbre plena*, en razon á la adquirida ántes, de los que inmediatamente le contengan y directamente le provoquen. Sólo empezando de esta suerte, conseguiremos que la obra de nuestro conocer adquiera luégo incuestionable valor real y vaya elevándose y ensanchándose, con admirable solidez y claridad notoria, de lo primeramente conocido á lo por conocer, en armónica serie de relaciones y en no interrumpido encadenamiento, que acuse como á manera de cierta lógica filiacion ó de generacion legítima de ideas (1), hasta agotar, en cuanto cabe, lo cognoscible de los objetos todos, que, al irnos siendo presentes, se nos hayan ido ofreciendo en exacta y recíproca correspondencia con cada uno de los actos sucesivos de nuestras *funciones del pensar*; lo que habrémos conseguido, observando fiel y constantemente esta conducta, en el momento final de este género de indagacion, ó sea en el de *presencia de suprema unidad*, en el primero de la *contemplacion* del Infinito-Absoluto, al concebirle como fundamento y razon de ser de la Realidad una y entera, cuyo momento puede muy bien designarse llamándole Intuicion, Vista del *Principio*, ó *punto de término* de la Ciencia.

Educe, pues, el análisis, de entre el conjunto de nuestros conocimientos precientíficos, el *punto de*

---

(1) Es decir, denotando evidentemente la regularidad circunscripta y verdadera y natural de la indagacion; lo cual debe poner de manifiesto el encadenamiento que, dentro del raciocinio, liga cada principio á los de órden inferior y á éstos, sucesivamente, todas las que como consecuencias relativas pueden ir siendo consideradas.

*partida*, que ha de ser necesariamente una verdad inmediata, cierta y universal, las causas de cuya necesidad á nadie pueden ocultársele; empero, necesitando ser una verdad de esta triple naturaleza, ha de tener, como pensamiento, por lo que á la primera condicion atañe, la forma más íntima, sencilla y vigorosa que es imaginable; forma superior en estos sentidos á la del concepto, y á la cual, segun se ha podido notar, llamamos *intuicion ó vista*; pues únicamente siendo así tendrá el carácter de última, de indemostrable, de evidente por sí misma.

«Mas ¿existe para el espíritu un conocimiento semejante?—dice, tratando esta cuestion, el distinguido profesor, nuestro respetable maestro y amigo, Sr. Ares y Sanz (1).—¿Hay acaso — continúa — un objeto cuyo conocimiento por el hombre ofrezca esta verdad evidente, esta indubitable certeza y este universal consentimiento? (2).

---

(1) *Discurso leído en la Universidad literaria de Salamanca para la apertura del Curso académico de 1880 á 1881*. Salamanca, imprenta y litografía de Cerezo, 1880, páginas 53 y 54.

(2) «Es muy prudente, dice M. Tiberghien (*Ensayo teórico é histórico sobre la generacion de los conocimientos humanos*, traduccion de A. García Moreno, t. I, pág. 23), comenzar toda investigacion por la duda racional, es decir, por un exámen concienzudo y metódico de los principios sobre que se funda. Éste es uno de los resultados más preciosos de la Filosofia moderna; es el único que asegura la independencia del espíritu y puede conducir á una conviccion racional.» A lo cual añaden sus comentadores, los Sres. Salmeron y Gonzalez Serrano: «... Con razon afirma M. Tiberghien que toda investigacion debe comenzar por la duda racional. Si no bastara para dar legitimidad á tal aserto la observacion propia, podrían aducirse en pro todavía muchos y muy importantes

»El pensamiento filosófico se ha puesto — se contesta el autor — esta cuestión tantas veces cuantas, después de haber formulado con autoritaria arrogancia ó crédula candidez una concepción sistemática, y viéndola quebrantada por el escepticismo y la duda, ha intentado asentarla sobre más sólida base; y examinando con reflexivo cuidado si entre los distintos conocimientos que se ofrecen al espíritu como de más verdad y certeza podría haber alguno que las presentara irrecusables, ha encontrado este conocimiento objetivo en la intuición del Yo por su propio pensamiento.

»Este conocimiento, en efecto, — sigue diciendo — pretendido y proclamado por las escuelas socráticas en el célebre *nosce te ipsum*; entrevisto por San Agustín (1) en sus palabras de *noli foras ire, in te ipsum reddi, in interiore homine habitat, veritas*; enunciado por Descartes en su tan conocida fórmula de *pienso, luego existo* (2), y asentado también por Fichte (3)

---

ejemplos que ofrece la Historia de la Filosofía humana... El que no duda ni cuestiona sobre los fundamentos del saber; quien vive en una tranquila indiferencia, cercana al escepticismo y semejante á la ignorancia, aparenta tenerlo todo sabido, se imposibilita temporalmente para saber lo que es la ciencia, hace, como dice el mismo Sócrates, más caso de quimeras y fantasmas que de la verdad; pues, en último término, se ha dicho siempre con razón: *qui non dubitat non cogitat.*»

(1) *De vera religione*, 72.

(2) *Discurso sobre el método*, Cuarta Parte, pág. 27 de la traducción española de sus obras por D. Manuel de la Revilla, Madrid.

(3) *Doctrina de la Ciencia*, traducción francesa.

La nota (2) de la página anterior y las que se consignan en ésta, pertenecen al *Discurso* mismo de donde se han transcrito los párrafos del texto.

en aquella ecuación  $Y_0=Y_0$ , que luego convirtiera Schelling en enunciación de lo Absoluto, es el punto de partida de toda indagación de certeza. La intuición del  $Y_0$  por sí mismo, en obligada correspondencia de sus aspectos cognoscibles con sus medios cognoscentes, es un conocimiento al que no pueden quebrantar ni la negación ni la duda, porque el que duda y el que niega, como el que afirma y asegura, hacen actos de pensamiento, y acusan, bajo su ser y existir, la facultad de formularlos de tan positiva manera en el un caso como en otro. . . . .»

El *punto de partida* de la Ciencia no puede ser otro, según esto, que el conocimiento de nosotros mismos — la intuición  $Y_0$  — como la única en que por ser unos, y sólo bajo su unidad distinguibles, el sujeto y el objeto del conocimiento, pueden ser cumplidos en él desde luego tanto el aspecto objetivo como el subjetivo de la verdad; la conformidad de cuyos elementos, y, mejor aún la del conocimiento con su objeto, no es dado nunca comprobar en el conocimiento de lo otro que  $Y_0$ , ó sea el *no- $Y_0$* , sino mediante el Objeto y conocimiento absoluto (1).

Hallado por la atención reflexiva de nosotros mismos «el punto de partida de toda indagación de certeza,» en él comienza la peculiar función del aná-

---

(1) Así lo presintió, aunque no lo demostró, Descartes apelando á la veracidad divina para tener la certeza de la existencia del mundo exterior, y en este sentido es explicable también la teoría de la visión en Dios de Mallebranche, y muchas frases de los filósofos antiguos, especialmente de los Padres de la Iglesia. — *Nota del citado autor del Prólogo.*

lisis dentro de la *Ciencia*; asciende éste en la indagación estudiando cuanto en el *Yo* se dé, espíritu, cuerpo, relaciones y distinción entre ambos, « contemplándose el sér á sí mismo en su propia conciencia, y en ésta á todo otro sér; » examina cuidadosamente el primero, en sus internas propiedades, en sus facultades características y en sus múltiples relaciones con los objetos que le son exteriores; profundiza con clara conciencia y segura penetración el estudio del conocer, construyendo su teoría en vista de las fuentes, objetos y leyes que en aquél distingue, y expone las condiciones de indispensable cumplimiento para su legitimidad; llega á formar las nociones de los *infinitos genéricos*,—mundo espiritual, mundo corpóreo y humanidad;—y sorprende, dentro de estos infinitos relativos, una infinidad de séres limitados. Obedeciendo á este impulso progresivo, alcanza el espíritu científico—después de haberse dado cuenta de todo lo que al conocer concierne, tanto en propiedad como en estado—á remontarse del concepto del Universo, hasta *la noción del Principio*, ó mejor dicho, á adquirir entónces, científicamente, la idea de la necesidad de la existencia de Dios: ya en este lugar, reunimos ó relacionamos, por otra parte, la infinita multiplicidad de las determinaciones de la existencia, bajo y por la unidad indivisible de la causa, razón y fuente primera.

Tal es el *método analítico*: desde la inmediata percepción de lo más directamente conocido, ascendencia lógica cada vez más comprensiva, continuo proceso intuitivo en todos y cada uno de sus grados;

ora se refiera á los hechos, al mundo exterior, en cuyo caso le llamamos *observacion*, ora se haga cuestion del reconocimiento de ciertos principios, de ciertas ideas generales reducidas á la esfera del mundo interior, — á cuyo exámen son sus leyes perfectamente aplicables—recibiendo entónces el nombre de *contemplacion*.

Sin que se entienda por ello que pretendemos amenguar ni en un ápice la legítima importancia, y, por decirlo así, la propia sustantividad que el *análisis* clara é indiscutiblemente encierra, diremos que es y debe ser considerado, al par, como racional, firme y valiosa preparacion para la *stntesis*; es decir, para la direccion instrumental, ó *método*, de carácter opuesto, que ejerce su funcion en virtud de una marcha de contrario sentido.

Llegado este punto de interes decisivo en el campo de la *Ciencia*, y digno, por tanto, de preferentísima consideracion para el estudio, no sobran nunca (ni áun en trabajos como el presente, de nula importancia y de ningun rigor científico) algunas aclaraciones que deben precavernos, librándonos de incidir en errores trascendentales en que han caido, á este propósito, respetabilísimos filósofos, é incurrer aún extendidas escuelas: unos y otras influidos sin duda por el sentido y tendencia aportados á la vida del pensamiento moderno por Kant, y mantenidos con soberano alarde de profundo ingenio, principalmente en su *Crttica de la razon pura*.

\* Advirtamos con empeño, en primer término, cómo no debe olvidarse que, satisfechos de la *posibilidad*

de valernos *legítimamente* del *método analítico*, porque no existe razón alguna para negar — más aún, porque es innegable — que podemos considerar de una manera *inmediata* cada *objeto* en el modo especial en que se nos muestra como un todo aislado de su especie, al instante inducimos que puede ser nos conocido este *objeto*, tal cual se nos manifiesta, ó sea, que podemos conseguir mediante aquél *los resultados positivos* que nos proponíamos, dentro siempre de su órbita peculiar; pues con esto no afirmamos, ni nos es dado asegurar, que el conocimiento así hallado de tal *objeto* sea por sí sólo el conocimiento perfecto, acabado, único y absoluto que anhelamos poseer: no; el *método analítico* se extiende á toda la *Ciencia*, pero no constituye la *Ciencia* toda; es, si vale la frase, un aspecto completo de ella y una dirección *total* del espíritu humano; mas, por lo mismo que no abarca en sí todo lo que *es* en todos sus modos cognoscibles, — á pesar de darnos verdaderos conocimientos, puesto que llenan la condición indispensable de tales, siendo *perfectas relaciones dadas compositivamente en unidad*, bajo el llamado *criterio de la conciencia*, de donde se deduce el verdadero valor del *análisis* y sus resultados, — por lo mismo, decíamos, que no es el *medio* único y total de la *certeza*, no puede extender su influencia á más del aspecto indicado, ni pueden los conocimientos que nos depare ostentar más ni menos valor ni otro alcance y sentido que el ántes dicho.

Conviene además dejar sentada, ántes de abandonar esta materia, alguna otra consecuencia que se deduce fácilmente de lo expuesto acerca del *anali-*

sis, á saber: «que el *método analítico*, no sólo es una direccion legítima de nuestra actividad de pensar, de incalculable valor y trascendencia, que no está sometida á un proceso caprichoso, particular, puramente subjetivo, y sí á la *ley absoluta y real del método*, la que ni se refiere meramente al *sujeto* ni al *objeto* del conocimiento, sino que se mantiene en la *relacion* misma con cierto efectivo carácter de necesidad verdadera y poderosa (1). Que el *análisis* no tiene exclusiva ni áun primeramente el valor y la eficacia de una simple *Propedéutica* ó preparacion para el adecuado y necesario conocimiento del *Principio* (2), por más que realmente sea de todo punto insustituible en la consecucion de este conocimiento, puesto que purifica al espíritu sometiéndole á rigurosa disciplina, la cual le pone en posesion indespojable de sus propiedades y fuerzas íntegras, y en el uso ilimitado de toda su potencialidad y libertad; llegando así consciamente, y sin ninguna extraña presion, á la *vista real absoluta del Sér*. Que, del mismo modo, tampoco es sólo conveniente ó indispensable prólogo para ascender al comienzo y llevar á cabo el desarrollo de la *síntesis*; aunque tambien, para realizar debidamente esto, tengamos que haber desen-

---

(1) Afirmaciones hechas con el mismo sentido, si no recordamos y entendemos mal, en la magistral y bellísima *Lógica* del Sr. Gonzalez Serrano.

(2) Ocupándose de «cómo es posible para el Sér racional finito la formacion de la Metafísica,» asienta esta verdad, casi en los mismos términos, el Sr. D. Nicolas Salmeron; lo cual puede verse en sus estudios sobre el *Concepto de la Metafísica y plan de su parte analítica*, publicados en el *Boletín-Revista de la Universidad de Madrid*, tomo II, núm. 23, año de 1870.

vuelto todo el plan analítico, y pasado minuciosa y atenta revision á todo lo hasta entónces conocido, trayendo de nuevo á conciencia todas las verdades en y por el trascurso de aquél adquiridas, para empezar la comprobacion que de ellas debe asegurar, en su *proceso descendente*, el método *sinético*. Y que, finalmente, el análisis posee un valor — primero en orden — real y peculiar, que no puede sustituir ninguna otra direccion metódica; una propia verdad (verdad de conciencia), y una sustantividad tan elevada, que basta para reconocerla fijarse un instante en que su *papel metodológico* no queda reducido al momento gradual de la indagacion analítica, sino que, por el contrario, necesitamos recurrir á sus resultados, en momentos del estudio muy posteriores, para ultimar la construccion científica.

Añadirémos, por fin, á estas indicaciones que el análisis, no solamente tiene un valor propio y sustantivo como Ciencia de Conciencia, sino que le tiene ademas práctico y de vida, puesto que debemos producirnos en ella, y nos producimos muchas veces, aún infringiendo á sabiendas la ley social, con arreglo á nuestra conciencia.

Nos hemos extendido algo más en las consideraciones relativas al *método analítico* (quizás bastante más que permiten la índole y alcance de este bosquejo), porque esta parte reviste, á no dudarlo, excepcional importancia y trascendencia inagotable; entendiéndose que decimos esto, sólo en el sentido de ser la primera llamada á rehacer nuestros conocimientos, desterrando nuestros prejuicios y aberraciones y sentando el firme del camino de indagacion

que nunca debemos abandonar. Dos palabras acerca de los otros procesos lógicos del pensar en acción, y damos con ellas por diseñado el cuadro completo, aunque rudimentario, de la *Ciencia*.

.....

Algo que haga referencia al *método sintético* puede desprenderse de las reflexiones que dejamos apuntadas; de tal modo se corresponden y completan ambas direcciones del pensar, que juzgamos difícil ocuparse de la una sin tocar de alguna manera á la otra; mas queremos aclarar las ideas relativas á la *stntesis* que de allí hayan podido desprenderse, y lo haremos siquiera sea breve é imperfectamente.

¿Qué es, pues, la *stntesis*? ¿qué concepto debemos formar del *método sintético*?..... Veámoslo. La *stntesis*, en la indagación, es el procedimiento racional radicalmente opuesto al análisis; no de oposición *caprichosamente abstracta* y subjetiva, sino real, en consonancia con las leyes de la Naturaleza, que *es*, en una palabra, porque *debe ser*. Así como decíamos que el *análisis* era esencialmente un proceso de *intuición*, decimos que la *stntesis* lo es esencialmente *deductivo*: aquél nos hacía conocer las cosas tal cual nos eran presentes; éste nos las enseña en su razón de ser y fundamento, esto es, tal como *deben ser según principio* ó *en razón y virtud de su principio*: la *stntesis* es, pues, todo lo contrario que dijimos era el *análisis*, al cual sirve de prueba; las verdades ad-

quiridas por ministerio de éste, que — como arriba decíamos — tenían entonces sólo el carácter y valor de *verdades de conciencia*, al ser ahora confirmadas por aquélla, entrañan un grado de certeza íntimo é irrefutable, convirtiéndose, merced á su eficaz aplicacion, en *verdades* trascendentales y *absolutas*.

Las flores del *análisis* deben fecundarse y extenderse en la *síntesis*, y trocarse en opimos frutos en la composicion de ambos, en la esfera del *método constructivo*.

Sabemos que el *análisis* ascendía desde la *percepcion inmediata Yo*, desde un hecho de conciencia, desde una *verdad inicial*, hasta la *intuicion del principio*, hasta el conocimiento del Todo como razon y fundamento, hasta la *vista certísima del Ser de toda realidad*: entre estos mismos dos puntos se mueve la *síntesis*, pero en sentido contrario, *descendiendo* desde el principio y bajando siempre de lo más general á lo particular (1), de comprobacion en comprobacion, prueba ó demostracion de cada uno de los resultados conseguidos por el análisis, hasta tocar en el *punto de partida*, como término, á la vez, de este movimiento de pausado regreso: en tal descenso, la *síntesis*, decimos, pues, debe deducir de la verdad fundamental y primera (Principio), y como contenidas y fundadas eternamente en y por ella, todas las que el *análisis* ha enunciado ántes como *presentes* é inmediatas.

---

(1) Usamos estos términos, no en sentido filosófico, sino en su acepcion comun y relativamente entre lo expresado por uno y por otro.

Por tal modo llega esta segunda direccion del *método* á dar valor trascendente á todos los resultados obtenidos por la primera: pues no hay que olvidar que ésta, conociendo en directa (1) percepcion lo que es, no alcanza nunca el conocimiento de los principios; y aquélla, conociendo, por deducion siempre, en vista de la verdad y razon del principio, nos dice, sí, lo que *debe ser*, pero sin llevarnos jamás á las últimas determinaciones concretas ó del hecho. El análisis, en conclusion, *muestra*; la síntesis *demuestra*: hé aquí cuáles son sus propias *funciones*, sin que pueda atribuirse al uno, en menoscabo del otro, ningun sentido relativo más alto, ningun valor parcial preeminente, ni género alguno de superioridad ó consideracion exclusiva, puesto que, si el *método sintético* da fundamento y trascendencia á las *verdades inmediatas*, el *analítico* da base racional á la *síntesis* y comprueba con los hechos por él percibidos (*verdades de conciencia*) sus *deducciones*. Ambos son igualmente totales, igualmente legítimos, igualmente comprensivos y necesarios por igual para asentar el *organismo* excelso de las verdades científicas en fecundísimo acuerdo, en perfecta correspondencia y adecuacion acabada; de lo cual ha de

---

(1) Tampoco debe tomarse esta palabra en su significacion literal y estricta, por razones que es ocioso señalar; fácilmente se comprende que está usada con alguna más amplitud, como podrá haber otras muchas, á las cuales — siempre que á primera vista se comprenda lo hán menester — hacemos esta observacion extensiva.

surgir esplendorosa la EVIDENCIA ABSOLUTA, como alma vivificante y eterno fin de la *Ciencia* entera.

.....

Por lo hasta aquí visto, sabemos que el método, cual todo objeto de la realidad, habiéndonos sido presente, primero como *uno*, se nos ha mostrado después en su interior *variedad*, encarnada en las dos opuestas direcciones, *analítica* y *sintética*. Cada una de estas direcciones del pensar, aún siendo totales, según dejamos dicho en otro lugar, no satisfacen por sí solas la ineludible exigencia de «conocer la verdad tal cual ella es,» en su propio é interno contenido, y conforme, por ende, á su doble naturaleza, *objetiva* y *subjetiva á la vez*; y no la satisfacen, porque, considerando el problema bajo su peculiar modo, no abarcan sino un aspecto de él, no le examinan sino en uno de los elementos que en todo *acto* del conocer son contenidos; hasta el punto de que, reduciéndose á ellas, forzosamente habrían de quedar nuestros conocimientos afectados de cierta indeterminación, vaguedad y desórden irremediables; mas, lejos de acontecer esto, nuestro conocer se organiza y completa cuanto pudiéramos desear, según vamos á exponer ó, en su caso, á recordar.

En efecto; la misma distinción é independencia de ambas direcciones, que, no obstante, tienen un objeto comun (la Realidad cognoscible), acusa la necesidad de una tercera superior en la cual se resuelvan, en la cual se unan y correspondan armónica-

mente, bajo unidad más alta y comprensible; sobre cuya cúspide contemplaremos, con vista ya educada, la *Ciencia* como inmensurable Todo orgánico, y en cuyo estado podremos obtener la *certeza* anhelada y percibir la *evidencia* de que hablamos al terminar las consideraciones apuntadas acerca del método sintético: tanto una como otra son condiciones, repetimos, sin las que la Ciencia es imposible.

La expresion metódica, la informacion real (deducida de aquella necesidad) del acuerdo ó armonismo del *andlisis* y la *stntesis* constituye y provoca la última direccion que dentro del método se da ó sea la parte *constructiva* ú *orgánica* de éste.

El *método constructivo* nos dará la demostracion de la legitimidad de todo lo indagado, presentándonos nuestro conocer como presente, al mismo tiempo, é idéntico, que como fundado, deducido rigurosamente y comprendido, en el principio fundamental. El *discernimiento crítico* y la *afirmacion deductiva*, propios, respectivamente, de una y otra de las opuestas direcciones del pensar, se unifican y comprueban de una manera recíproca, en un solo momento y en un acto mismo, dentro de la esfera del *proceso constructivo*; cuyo momento es el último de la indagacion científica, y cuyo acto es el superior, el más perfecto y comprensivo de los realizados por la razon pensante.

Puestos en exacta y fiel correspondencia ó en mutua y armónica compenetracion los resultados del *andlisis* y los de la *stntesis*, en la parte *constructiva*, despues de haber enlazado y puesto en íntima relacion la *verdad inicial* y la *verdad final* del sistema,

podemos ver la *Ciencia* como el verdadero Todo, el admirable organismo de que tantas veces hemos hablado en el curso de estos renglones. La *Ciencia* se ostentará entónces, con perfecta unidad, bañada en todas sus partes por la fúlgida aureola de la verdad inconcusa: los que tienen la fortuna de elevar á este grado sublime la cultura de su espíritu, no sólo conocerán distinta, metódica y racionalmente (y extenderán el objeto de su envidiable actividad— cosechando preciados frutos— por un campo vírgen é ilimitado), sino que al par, sin sucesion de tiempos, se sabrán perfectamente de su conocer.

◀ Finalmente, esta parte del *método*, según se desprende de lo dicho acerca de ella, nada añade *en cantidad* á los conocimientos adquiridos mediante el uso de las ántes enumeradas, pero sí les da el último brillo, el verdadero carácter de *sistema de conocimientos científicos*, dotándoles del inmensurable valor que merecen por los preciosos títulos que pueden ostentar de verdaderos, evidentes y universales.

¿Cómo se realiza, pues, tan importante *funcion*? Continuando, ante todo, nuestra actividad pensante, sometida por completo á las generales leyes del pensar (cuyo contenido hemos indicado), y haciendo aplicacion adecuada, despues, de las *reglas* que son propias del *método constructivo*, de las cuales no es posible tratemos aquí, dado el carácter de este ligero estudio.

Para terminar estas someras reflexiones sobre el concepto general de *La Ciencia*, precisando á la vez el del *Método* de manera que no se incurra en con-

fusiones que no dejan de repetirse, diremos que á éste no le constituye meramente ninguno de los procedimientos, á él interiores, de que nos hemos ocupado, ni tampoco, por sí mismas, las formas inductiva y deductiva del raciocinio; errores ambos que le desnaturalizan y mutilan.

Y considerando cuánta es la importancia del papel que el *Método* desempeña dentro de toda «construcción intelectual,» al tratar el punto enunciado, nos permitiremos transcribir íntegramente algunos concienzudos y hermosos períodos contenidos en la obra ántes dicha del digno profesor citado, los cuales tienen por objeto la exposición del total y verdadero concepto del *Método* y el señalamiento de su capitalísima función. Nada podríamos nosotros decir ni hacer remotamente comparable en profundidad, concisa y elegante sencillez y perfecta precisión á estas bellísimas frases. Sintiendo, al par que la flaqueza propia, admiración por la obra ajena, no podemos contener el deseo,—que quizás álguien calumnie juzgándole egóista,— de alumbrar con un nuevo destello de aquel magistral *Discurso* la pobre oscuridad de nuestro trabajo. Autor y lectores se dignarán disculparnos si algo de censurable hay en ello. Dice aquél así:

«Implica y compone el método, en la integridad de su noción, no tan sólo estos procedimientos y medios, sino los momentos todos en que se determina en el tiempo nuestra actividad de pensar, desde la primera y más sencilla de las funciones subjetivas por la que atiende el espíritu á la presencia de la cosa dada ante él para percibirse de su existen-

cia y determinarla y distinguirla de todo cuanto la rodea, hasta la operacion del raciocinio más complejo, para relacionar entre sí los juicios hallados aisladamente al combinar los conceptos. Este total empleo de nuestra actividad pensante con todas sus formas internas y en todos sus distintos momentos, ejercitado artísticamente en ordenada sucesion de actos de pensamiento, y á partir de un conocimiento seguro y de indubitable certeza para llegar á otro conocimiento análogo como punto de descanso, límite y fundamento á un tiempo del conocimiento iniciador, es lo que constituye el método, y lo que determina y precisa sus condiciones constitutivas y sus direcciones integrantes.

»Así, en la ordenacion lo mismo del conocer todo que del de una especie cualquiera, el método, partiendo siempre de la nocion del objeto segun es dada en el espíritu por la atencion de éste hácia él, asciende progresivamente hasta la nocion del mismo objeto como visto en la realidad; retrocede luego en órden inverso hasta regresar á la nocion subjetiva, y, componiendo y contrastando estas dos direcciones opuestas, ascendente é inductiva la una, descendente y deductiva la otra, puede llegar, comparando la inteleccion del objeto en la conciencia con la inteleccion del mismo objeto en la realidad, la ley lógica del pensar con la ontológica del sér, á la verdad y certidumbre subjetivas y objetivas, y á una seguridad total, cuanta pueda caber en lo humano.

»Aplicando á la ordenacion del conocer en toda su integridad y extension estas condiciones metódicas, exigese para lograrlo arrancar de un conoci-

miento de clarividente verdad é indubitable certeza, y hallar, asimismo, como término otro conocimiento análogo y absolutamente comprensivo, y que, sin tener su razón y justificante en otro, sea él mismo el razonante y fundador de todo conocimiento, el que sirvió de iniciación inclusive. Con tales dos CONOCIMIENTOS-PRINCIPIOS, en el orden cronológico el uno, en el orden lógico el otro; en *un* orden ontológico aquél, en *todo* este orden el último; siendo clarividentes de suyo y demostradores igualmente, y no necesitados, por lo tanto, de demostración ellos mismos..... puede construir el espíritu el plano general del saber, y como el *schema* de todo conocer particular. Posee, digámoslo así, los puntos de orientación, y puede, merced á ellos, retroceder sobre sus pasos, en caso de derivación y extravío en cualquiera de las direcciones opuestas en que su actividad se ha ejercido al ser aplicada al objeto para obtener su conocimiento. Sin una intuición inicial al abrigo de toda duda, el espíritu humano no podría disfrutar nunca de la claridad de la ciencia, ni subjetiva siquiera, permaneciendo eternamente en el crepúsculo del conocer ordinario y á merced de los variables impulsos de la opinión y la creencia: sin una intuición final, con la propia clarividencia, no podría jamás tener confianza en su obra, hallando al fin de sus afanes el espectro del escepticismo y el torcedor de la duda. El saber, sin *Punto de partida*, descansa en un « supongamos; » sin *Principio real de ciencia*, tiene por término un « ¿quién sabe? » (1).

(1) Ares y Sanz, obra ya citada, páginas 50 y 51.

Hé aquí discretísima y seguramente presentado, no tan sólo cuanto el *Método* es y lo que debe ser en toda ocasión, sino hasta puede asegurarse que de igual manera han sido trazados los contornos de la Ciencia en general y señalado el peculiar carácter de su propio contenido. Puede efectivamente, al proceder á la adquisición de éste el espíritu indagador, padecer desvanecimientos y ofuscaciones, sufrir desvíos en el recto camino de la certidumbre y anegarse desalentado en las fangosidades del error ó tropezar en las asperezas de la duda; pero conociendo, gracias al *Método*, su verdadera orientación, como dice el Sr. Ares, no es difícil volver al buen camino (al menos se está en condiciones de ello) por medio de nuevas y más detenidas reflexiones, nuevos repastos sobre la indagación primera, que se creyó legítimamente acabada (1). Tan grande consideración corresponde, en efecto, al método en la Ciencia. Por él nos encontramos siempre en oportunidad de tomar descanso y alientos en la marcha y en

---

(1) Teniendo nosotros clara conciencia de esta admirable y fructífera verdad, y pensando que probablemente nos encontramos en el caso bosquejado en el texto, respecto á los puntos de desacuerdo con cierta autoridad (cuyo nombre no hemos de repetir ahora por no molestar más su modestia ejemplarísima) autoridad que lo es muy respetable en la materia de este opúsculo, excusado nos parece consignar cuál es el camino que sabemos nos corresponde seguir para alcanzar con toda la seguridad posible el valor de nuestras convicciones. Este no es otro que el que procuraremos emprender cuando mañana la crítica formal (si nos honra parando miéntes en este humilde opusculillo) nos señale los errores en que seguramente habremos incurrido, y es el mismo, finalmente, que en el texto dejamos indicado.

aptitud de reponer las cansadas fuerzas y corregir, rehacer, los trabajos de nuestra constante exploracion.

La Ciencia es extensa, muy extensa, y muy oscura en sus linderos; sólo volando en alas del buen método podrán aquéllos alcanzarse á ver, podrán vislumbrarse tan remotas y sinuosas regiones, alumbradas por la luz del *Principio*.

Cuando todo este sistema que hemos procurado bosquejar, se ha comprendido; cuando todas estas condiciones que de por encima hemos intentado apuntar, se han llenado; cuando todos estos procedimientos (que luégo han de determinarse en otra multitud de sub-procedimientos ó procedimientos particulares), se han seguido conscia, fiel y constantemente, entónces, y sólo entónces, tendrá para el sujeto de la indagacion, el valor, la trascendencia y la grandiosidad de que realmente está dotada LA OBRA ORGÁNICA DE LA CIENCIA.

---



II

DIVISION

DE LA CIENCIA



---

## II

La idea de *La Ciencia* como todo de unidad racional antecede á cualquiera otra que á *La Ciencia* deba referirse.

Este concepto *uno* de *La Ciencia* es anterior y superior al de las ciencias en particular, desde las cuales sólo podríamos ascender á la obtencion de un concepto general de aquélla, ó, mejor dicho, de una nocion de *La Ciencia* en general, ó sea, de lo comun á todas las ciencias.

Ahora bien; si bajo tal concepto de unidad hubiéramos practicado una indagacion, analítica siquiera, de la realidad, se nos habría mostrado ésta compuesta de innumerables partes y hubiéramos hallado esferas cognoscibles esencialmente distintas, lo cual nos hubiese revelado que la unidad *Ciencia* era *divisible* como organismo de la realidad y como tal organismo en nosotros; es decir, que la unidad *Ciencia* está constituida (sin dejar en tanto de ser una) por várias esferas, entre las que puede establecerse perfecta distincion.

Al tratar, pues, de la *Division de la Ciencia* sólo

necesitamos recordar que la que aquí cabe es meramente lógica como el todo que se trata de dividir, no ontológica ó con relacion á los objetos de la realidad.

Para que resulte, empero, cierto enlace y mayor claridad, necesitamos volver un tanto sobre nuestros pasos, áun á riesgo de hacer molestas repeticiones.

Recuérdese que, partiendo de una manera inmediata de la idea que precientíficamente abrigábamos de lo científico, hemos tratado de formar el concepto *Ciencia*, haciendo resaltar sus notas capitales. Encontramos, á la sazón, que «es una totalidad cuyo fondo está constituido por el conocimiento, pero totalidad ordenada;» que «el conocimiento, en razon de su esencia, exige, para ser científico, verdad y certidumbre;» que, «ademas del sujeto del conocer (*Yo*), tiene un objeto ilimitado, que es la *Realidad entera*;» que, «atendiendo á su forma (*sistema*), debe estar sometida á ciertas *leyes*;» y, en fin, que «la actividad humana necesita, en la indagacion y construccion de aquélla, proceder con arreglo á las condiciones y reglas del *método*;» único *medio* para conseguir la certeza.

Por tanto, reuniendo estas afirmaciones, tenemos que el concepto propio de la *Ciencia*, tambien ántes indicado, será: «el conocimiento cierto de la realidad, formado sistemáticamente bajo principio, y adquirido por nuestros medios de conocer, legítimamente dirigidos;» lo cual es una condensacion de lo que hasta aquí llevamos expuesto con el carácter de esencial y constitutivo.

Ahora bien; no se conoce completamente un ob-

jeto, en tanto no se agota el conocimiento de estos tres términos: ¿qué es el objeto?... ¿qué contiene?... ¿en qué relacion se dá lo que es con lo que contiene?... Imposible es justificar aquí la *necesidad* de este proceder; pero no sería difícil, si el espacio de que disponemos lo permitiese.

Dándolo, pues, por bien sentado, reconocerémos que nos toca ahora proponernos la solución del segundo problema; en otros términos, habiendo visto qué es la Ciencia, es decir, su unidad, nos corresponde examinar lo que contiene, esto es, su interior variedad. Esta segunda parte, ó sea la determinación racional de las cosas ú órdenes que contiene, puede designarse lógicamente con el nombre de *Division*.

El fundamento de la división de la *Ciencia* le encontramos encerrado en el concepto mismo de ella; porque, primeramente, bien se comprende que, si la *Ciencia* no fuera vária dentro de sí, no podríamos saber de ella sino que *era una* y sería indivisible, mera é infructífera abstracción, una unidad vacía, así como un algo sin contenido (si puede valer la frase); y en segundo lugar, con no menor facilidad puede verse que, si la *Ciencia* se dice de un objeto cualquiera, ó de todos, en cuanto aquél ó éstos son conocidos propia, real, verdadera y evidentemente, según la totalidad de las universales leyes del conocer, deben distinguirse en ella tantos modos, aspectos particulares ó fases, cuantos sean los que en el objeto cognoscible se den. Luego la variedad de la *Ciencia* se determina conforme á los elementos constitutivos del conocimien-

\* to; y como al mismo tiempo aquélla, en cuanto obra social humana, necesita ser informada por el hombre mediante el adecuado instrumento (método), tendremos en éste un nuevo fundamento de division, aún cuando referible solamente al orden sucesivo con que el sujeto pensante va informando en el tiempo con carácter científico el caudal de sus conocimientos. Sabemos también, en último extremo, que nuestros conocimientos difieren por el modo y fuente de ser adquiridos, pudiendo ser en estos respectos, por ejemplo, inmediatos, intuitivos ó deductivos; sensibles, concretos, generales ó abstractos... etc.; de donde resulta un criterio más de division en cuanto al origen de los conocimientos.

Alguna otra distincion podría, quizás, establecerse con referencia á estos *puntos de mira*; mas, no necesitando tratar este asunto sino muy de pasada, sólo hemos de fijarnos en lo más principal que á él atañe, es decir, en lo que, siendo indispensable para nuestro propósito, puede conocerse con ménos esfuerzo y más seguramente.

No pretendemos por ello, y porque sería además pretension sobrado impropcedente, hacer aquí una verdadera *Division de la Ciencia*, ni aún criticar con detenimiento las ya aceptadas; pero sí citar alguna, apreciándola, y fijarnos con algún más cuidado en la que consideramos más propia de este lugar y aplicable más directamente á nuestro propósito.

Dícese, y no de todo punto sin justa causa, que la clasificacion de los distintos órdenes de *la Ciencia* que primeramente se impone, tiene que referirse al

*método*, á los *objetos* del conocer y al *origen* de nuestros conocimientos. Como nosotros hemos afirmado en este escrito que «*la variedad de la Ciencia se determina conforme á los elementos constitutivos del conocimiento,*» claro que, en consecuencia, debemos juzgar, por ahora, preferible dividirla en razon del *sujeto*, del *objeto* y del *método*, por la claridad que en esta situacion debe resultarnos de ello, puesto que tales son los elementos que integran aquél; lo cual, aunque no con toda precision y evidencia por lo limitado de nuestras consideraciones, nos es ya sabido. Pero tampoco hemos de hacernos grave cuestion de este punto, como no podemos de ningun otro que al señalamiento de la tal *division* haga referencia, porque carecemos de *condiciones preparatorias*, y nos veríamos en la necesidad de valernos de innumerables prejuicios.....

Observarémos, no obstante, en la que se hace respecto al *método*, que la division en ciencias *analíticas* y *sintéticas* no es todo lo acabada que fuera de desear, porque en general tienen á la vez ambos caracteres todas las ciencias particulares. Carece, efectivamente, de exactitud esta division que se hace en el pensar discursivo, y ha dado quizás márgen á tal error el prurito de erigir en ciencias particulares aspectos parciales del conocimiento del que debiera ser objeto *uno* de alguna ciencia más amplia. Lo mismo puede asegurarse desde luégo respecto á otras divisiones aún más comunes, como, por ejemplo, la que se repite uno y otro día de ciencias filosóficas é históricas, ó de ciencias racionales y experimentales, etc.

6 Y harémos notar también que la división que puede hacerse respecto al *objeto* (puesto que éste es interiormente determinable), entendemos no debe efectuarse de una manera decisiva y concreta, es decir, con arreglo á los supuestos objetos *particulares* que bajo la realidad entera se dén, en tanto que ésta no nos sea conocida cumplidamente. De no hacerla así, de llevarla á cabo en las condiciones insuficientes ó inapropiadas en que nos hallamos — porque en este momento no conocemos los tales objetos particulares, —nunca habría razon para fijarla en un número determinado de objetos y no en otro cualquiera; y aún concediendo que podría, una vez sola, resultar verdadera, no puede negarse que siempre, — hasta esta vez aludida — siempre sería prematura é insostenible, mientras no poseyéramos la superior preparacion que hemos considerado necesaria para proceder á esta operacion importante. Tal pensamos que acontece á la división que suele proclamarse en este sentido de: Espíritu, Naturaleza, Humanidad y Dios; el estudio nos convencerá *à posteriori* de que es cierta; pero para nosotros, en esta situacion, sería anticipada, porque, léjos de conocer estos *objetos*, deben ser luégo ellos mismos objeto de una investigacion detalladísima por nuestra parte.

El criterio de división que nos parece más útil en este lugar, más aceptable y digno de más profunda consideracion, es el del *origen* ó *fuerza* de nuestros conocimientos. Tratando de resolver cual deseamos este problema, es decir, con sencillez y claridad, indudablemente debemos procurar va-

lernos de un *punto de vista* que, no exigiendo especial preparacion científica por parte del indagador para llegar á él y aplicarle con garantías de acierto, nos conduzca al señalamiento seguro y fácil de los límites verdaderos de las determinaciones que debamos reconocer, librándonos de asentir por ligereza á lo caprichoso é injustificado; de caer, por ejemplo, en las excisiones, frecuentes en estos casos, entre lo *objetivo* y lo *subjetivo*. Debemos igualmente, en cumplimiento de estas condiciones, hacer que aquél sea de tal naturaleza que nos lleve sin esfuerzo « á establecer la *division* de la *Ciencia*, en conformidad al mismo tiempo con lo que sea bien demarcado ó distinto *en nosotros* y lo que lo sea *fuera de nosotros*, » ó, lo que es lo mismo, entre los opuestos elementos del conocer. Nada más racional que esta pretension, y nada tan á propósito para convertirla en hecho, como « erigir en principio de division el *origen* de nuestros conocimientos, *en correspondencia exacta* con los *órdenes* ó esferas deslindadas (valga el calificativo) de la realidad que más pronta y evidentemente se perciben, » ya que, sin duda alguna, se da esta relatividad entre funciones separadas del pensar y modos de ser peculiares, diversos, en el objeto del conocer.

✧ Mas no se crea que, al hacer esta afirmacion, hablando de esferas distintas del objeto del conocer (ó sea de la Realidad), incidimos en el defecto que censurábamos en el párrafo anterior, al tratar de la division de la Ciencia respecto al *objeto*, no; porque los particulares objetos Espiritu, Naturaleza, Huma-

nidad y Dios, que entónces enumerábamos, son más concretos, más abstrusos para el pensamiento común, y la formación de su respectivo concepto exige la preparación que sólo el científico posee; mientras que la separación de estos *modos de ser* á que ahora nos referimos se percibe de más cerca, pudiendo muy bien elevarse hasta ella el pensamiento casi ineducado y vulgar; por cuya razón, repetimos, que le consideramos como el criterio de *division* preferible. Además de que la *division* ajustada á las exigencias de este que nos permitimos llamar *criterio*, nos indicará el concepto de la *Filosofía* y nos enseñará el lugar que ocupa en el *sistema* de la *Ciencia*; propio objeto de este modesto estudio.

Pues bien; con arreglo á este punto diremos que (en correspondencia con otros tantos diferentes modos de mostración del *objeto*, que luégo se han de distinguir) son primeramente dos las *fuentes* del conocimiento humano (y lo diremos así, tomando la *facultad* por el *medio* de obrar de ellas); estas dos facultades ó *fuentes*, son: la *sensibilidad* y la *razón*; dándose además otra tercera, la *reflexión* ó el *entendimiento*, que es el factor común de todo acto de conocer, puesto que obra, dirigiéndose sobre una ú otra de aquéllas con la misma facilidad, por medio de las tres funciones del pensar, *atención*, *percepción* y *determinación*. Esto por un lado; y el otro elemento integrante de la clasificación que intentamos establecer y que debe corresponderse con él en cierta homogeneidad, esto es, los *modos de ser* de la realidad con los cuales debe existir perfecta adecua-

cion por parte de las *fuentes* relacionadas, los hallaremos valiéndonos de una simple inspeccion de los objetos que aquélla contiene; puesto que cualquiera de ellos se nos muestra constantemente de una parte como último, particular, mudable, determinado y concreto (*sensible*), y bajo otro respecto como puro, eterno ó permanente, total y absoluto (*ideal*). Mas como el objeto, no por esta oposicion *de relaciones* deja de ser el que és, — siempre uno y el mismo, si quiera aparezca, ya como mudable, ya como permanente, etc. — puesto que estas fases, léjos de anularse ó repelerse, se armonizan y coexisten en la realidad y en la vida, se dá por tanto un tercer *modo de ser* del *objeto* total de la *Ciencia*, el cual se hallará propiamente en relacion con la *fuerza* de conocer que en tercer lugar hemos citado y descrito en conjunto.

Así supuesto, la *Division* de la entidad *Ciencia*, atendiendo al criterio adoptado, deberá hacerse en los siguientes términos: 1.º, conocimiento de lo permanente en la realidad percibido en el sujeto del conocer por la razon; 2.º, conocimiento de lo mudable y concreto en la realidad percibido por el sujeto en el sentido; 3.º, conocimiento de lo mudable referido á lo permanente, de lo concreto referido á lo total y absoluto, percibido en el sujeto por fuerza adecuada, ó sea por el entendimiento. Éstos son los verdaderos *Géneros científicos*, porque son las primeras y más comprensivas determinaciones que, con un valor real y trascendente, bajo la *Ciencia* hallamos, en conformidad y con relacion á un tiempo

á las especies (1) que dentro de ellas se dan. Cada uno de estos términos no se diferencia de la *Ciencia* cuantitativa, pero sí cualitativamente, porque, aún cuando uno y otro se ocupen de toda la realidad, lo hacen considerándola sólo en un aspecto distinto, según se desprende de la sencilla enunciación de su contenido; se distinguen, pues, en razón del objeto por el *modo* de mostración, y en razón del sujeto, además, por la *fuerza* con cuyo intermedio él conoce... Hé aquí, por tanto, en el modo elemental que ahora cabe, cuáles son los propios conceptos de la *Filosofía*, la *Historia* y la *Filosofía de la Historia* (2); en cuyo punto de cruce ó de conjunción — sobre la variedad expresada y aún cuando, al cabo,

---

(1) Ó *modos* de mostración, más bien, del *objeto* del conocer; y á las diversas *fuerzas* subjetivas del conocimiento, además.

Así quería expresarse en el texto, cuya exposición resulta allí, no obstante, sobrado confusa y deficiente; hasta el punto de que hemos creído necesaria esta aclaración de la doctrina que en ese lugar dejábamos, si no poco explícita y completa seguramente.

(2) Empleamos los nombres del texto para la designación de los géneros científicos por ser los más comunmente admitidos, y aún cuando el concepto usual de los dos últimos no tenga el sentido amplio y extenso que como tales géneros les corresponde. De reservarse el nombre *Ciencia* para el saber experimental, contraponiéndole al de *Filosofía*, sería necesario elegir un término, que representara la unidad del conocer, adecuado, componiendo luego aquellos dos para la designación del tercer género; y de quererse emplear vocablos que por su procedencia etimológica indicaran el contenido de cada género, podrían servir los de *Noúmenología*, *Fenomenología* y *Nomonología*, propuestos ya por alguien para este fin, y empleado alguno de ellos, especialmente el segundo, en el sentido que su etimología indica.

dentro de la primera — tiene su propia y amplísima esfera la Metafísica, ó, según otros la califican, *La Filosofía primera*.

Filosofía, Historia, Filosofía de la Historia: tales son los primeros grandes sistemas que percibimos como interiores al singular *organismo* de la *Ciencia* entera; uno y otro, repetimos, abarcan toda la realidad, pudiéndose formar, por ellos, de cada objeto particular una ciencia que le considere puramente tal como lo que es, ó sea, una ciencia de su *nómeno* (aunque contrarias sean las afirmaciones, tan radicales como infundadas, de cierta filosofía francesa hoy en boga hasta en nuestro país); otra opuesta, que le estime tal como nos es presente en su última determinación, ó del *fenómeno*, y otra aún en que las dos anteriores se compongan verdadera y esencialmente, la cual debe llenar con plenitud todas las exigencias del ideal y de la vida, reuniendo en sí armónica y sustantivamente los más variados órdenes y las más opuestas fases del pensamiento y de la realidad. . . . .

Réstanos, para terminar, tratar de hacer un bosquejo en cuatro trazos, el cual pueda servir de indicación acerca del tema *qué es LA FILOSOFÍA*, propuesto en último lugar, primeramente, la breve y sencilla *Introducción* de este escrito.

---



III

LA FILOSOFÍA



---

### III

Entrando á ocuparnos con especialidad de lo que es la Filosofía, al tiempo que apuntamos algunas ideas acerca del lugar que ocupa en el total organismo de la Ciencia, de su importancia efectiva y vitalísima y de la influencia radical que siempre ha ejercido, pero que sobre todo está llamada á ejercer — á nuestro juicio — en no lejanos días, fuerza es tender una mirada retrospectiva y general al camino recorrido, para poder apreciar la parte que nos falta recorrer y el lugar del itinerario propuesto en que nos encontramos.

Empezábamos haciendo somerísimas consideraciones respecto á la teoría del conocer; hechas aquellas ligeras indicaciones, desde distintos puntos de vista, sobre el conocer, — sobre nuestra *virtud para impresenciarnos de ellas* ó nuestra *potestad de estar presentes á las cosas y con ellas*, como dijo el gran Sanz del Río, — habíamos procurado educir del fondo de nuestras ideas la noción de la Ciencia; como consecuencia de la noción formada, nos ocupába-

mos despues de apuntar y explicar las condiciones indispensables para que aquélla fuese posible, consagrando entre éstas principalísima atencion y largo espacio al estudio de las que llamamos *instrumentales*; exponiendo en este punto, del mejor modo que nos fué posible, cuanto al *método* en general, y á cada una de sus direcciones en particular, concierne, y repitiendo una y otra vez que es *dogma* irremplazable y supremo de éste «no anticipar, no suponer, no afirmar jamás — como verdadero — nada, en tanto que su verdad (1) no sea vista por nosotros directa, lógica, clara é indubitavelmente; todo lo cual nos conducía á un concepto más claro y comprensible del objeto de nuestras reflexiones; últimamente, hemos puesto nuestro empeño en asentar las bases de una division de la Ciencia, clara, racional y verdadera; y es muy cierto que, de la adoptada entónces, podemos — desechando todo lo que no nos es ahora absolutamente necesario — decir compendiosamente, y si nó de perfecto acuerdo con el notable y conocido publicista belga, profundo filósofo sin duda alguna, y maestro del *Panenteismo* (que proclama la *Metafisica*, la *Historia* y *Filosofía*, y la *Filosofía de la Historia*, como *Tésis*, *Antitesis* y *Sintesis*, respectivamente, de este problema), porque la unidad del saber, ó *Tésis*, no está representada por ciencia alguna particular, sino por el saber uno y

---

(1) Que consiste en el «conocimiento de las cosas *en sér* y *en modo* cuales ellas son,» segun el mismo ilustre filósofo español en este párrafo anteriormente citado.

todo ántes de toda determinacion (y la Metafísica, por lo tanto, no representa este momento sino dentro ya de la Filosofía), reconocemos, no obstante, — á semejanza suya — en las ciencias enumeradas, las primeras grandes determinaciones que cabe señalar dentro de la Ciencia una y entera, y los términos más salientes y primordiales de la verdadera *Division* de ésta, segun puede deducirse de cuanto llevamos expuesto.

Hecha tal referencia, avancemos á consignar en este lugar algo referente á la pregunta indicada en el párrafo anterior, y habrémos cumplido el plan que nos trazáramos de antemano.

Mas no serémos tachados de obcecacion por afirmar que es de absoluta necesidad ampliar aquí un tanto lo indicado con relacion á los modos — á las especies, más bien — del conocimiento, haciendo de las distinciones que entre ciertos órdenes vamos á establecer, útil preliminar para el desenvolvimiento de esta última parte de nuestro trabajo, y como á manera de preparacion, justificada aunque concisa, para el mejor planteamiento y más inteligible y ordenada posicion de nuestros raciocinios, de nuestras sucintas consideraciones en la seccion referida; ya que de los distintos géneros á que los conocimientos pueden ser referidos tanto nos ocupamos, y tanto hemos aludido sus diferencias en diversos pasajes de este trabajo, sin haberlas explícitamente declarado, no obstante, tal como es indispensable para la exposicion del concepto y condiciones más salientes que de la Filosofía — el primero, en el orden lógico, de los Géneros científicos — proclamarémos

más adelante. Preciso es, sin duda alguna, saber cuáles pueden ser las esferas diferentes del conocimiento, para que, conocidas éstas, pueda inducirse, en vista de ellas, la calidad y extension del *objeto* y campo de la Filosofía; proceder de otro modo, fuera trazar arbitrariamente su concepto, dejándola por siempre confusa y vagamente suspendida en las heladas regiones de la seca é infructífera abstraccion; y este defecto gravísimo hemos de intentar, siquiera, salvarle en la ocasion presente.

\*  
\* \*

Si, recogiéndonos en la propia intimidad, contemplamos la trama de todos nuestros conocimientos posibles, podremos fácilmente — apénas con otra ayuda que el comun sentido— distinguirlos en várias especies, cuyos grupos hemos dejado ya delineados.

Encontramos, en efecto, uno, cuyo contenido le constituyen todas las manifestaciones transitorias, fugitivas y cambiantes, en que la esencia de todos y cada uno de los séres se realiza,—en la sucesiva continuidad de todos los momentos del tiempo — concretándose distintamente en cada uno de ellos, ó, en otros términos, determinándose por completo, aquellas manifestaciones que forman el depósito interior de este grupo, y que no son otra cosa que lo que ántes hemos llamado el *fenómeno*; el conocimiento del cual, se adquiere por observacion, ya dirigida sobre el mundo exterior por medio de los sentidos *externos* ó corporales, ya sobre el mundo de la conciencia por

medio del sentido *intimo*; dando lugar, en cada caso, á uno de los distintos géneros de observacion enumerados en otro lugar de este trabajo. Llámase este modo, del conocimiento *sensible* ó *experimental*, y comprende cuanto podemos conocer siendo distinto, concreto, variable, pasajero, accidental y mudable.

Opuesto al conocimiento experimental y limitado por él, se da el conocimiento *no sensible*; pero no todo el *no sensible*, constituye — como, con razon, advierte Mr. Tiberghien—el conocimiento *racional*, pues, sin reunir los caracteres de aquél y sin ser absolutamente á aquél opuesto,—esto es, sin ser propiamente racional,—nos hallamos con el conocimiento *abstracto* ó de *generalizacion*, que es, segun él afirma, co-sensible, y que consiste en el de las especies y los géneros. El procedimiento de generalizacion, vulgarísimo hasta en las más comunes relaciones de la vida, se apoya en la experimentacion, y la completa; llegando por sus resultados á constituir algo distinto, si no diferente, de ésta. De la repetida observacion de las propiedades de los individuos y de los seres, alcánzase, ascendiendo, la noción de la *especie*, por la reunion de las comunes á todos, y la separacion de las puramente individuales; empleando idéntico procedimiento sobre un conjunto de especies semejantes, se sube á la determinacion de la del *género*, y así sucesivamente con la *familia*, *clase*, etc. (de aquí la afirmacion en Lógica de que «las nociones obtenidas por *Generalizacion* son más extensas cuanto ménos comprensivas»), cada una de cuyas nociones, áun no siendo observables en sí mismas (pues que la observacion sólo puede ejer-

cerse sobre lo finito, particular y concreto presente, ó lo finito, particular y concreto pasado), no llegan nunca á contener en su existencia el carácter de reales por necesidad — si así puede decirse — que es nota exclusiva y peculiar patrimonio de lo absoluto, de lo permanente y esencial, campo que sólo á la razon es lícito recorrer.

Sobre el conocimiento abstracto, y perfectamente opuesto al sensible, encontramos el *racional*, propiamente dicho, que, teniendo como fuente adecuada en el espíritu la *razon*, — órgano de lo esencial y permanente — halla su objeto en todo lo que es absoluto, infinito, primero, eterno, necesario y único en su género; á cuyas universales, simplicísimas y primordiales *necesidades* se designa, desde tiempos no há poco pasados, en la historia de la Filosofía (1), con la frase de *categorias* del Sér; tema, no obstante, que ni podemos ni debemos tratar aquí.

Apoyándose y refiriéndose el conocimiento experimental únicamente al estudio de los hechos, manifestaciones pasajeras y temporales de la esencia, y el conocimiento racional limitándose á la indagacion de las eternas propiedades de las cosas, forman la verdadera antítesis (lo que nos atreveríamos nosotros á considerar como los términos de la variedad) en los modos interiores al conocer. La radical oposicion, la antítesis en que éstos se ofrecen, pro-

---

(1) Desde el período álgido, ó la época de madurez, de la Filosofía griega, que inmortalizó Aristóteles, no ménos que su egregio maestro.

voca y nos asegura la necesaria composicion de ambos en un término que á un tiempo mismo y por idéntica manera les contenga; y así es y sucede, en efecto, con el conocimiento que hemos denominado co-sensible ó de aplicacion y adaptacion mutua de los elementos privativamente ofrecidos por la razon y por el sentido.

Mas no puede quedar reducida exclusivamente á estos términos, de antítesis y composicion ó síntesis, la division genética del conocimiento, como no queda completa y cumplida con solos ellos la ley de ningun organismo; es necesario, pues, que se dé, en el de que nos ocupamos, el término superior de totalidad indistinta (ó sea el conocimiento indeterminado), que comprenda y envuelva á todos, constituyendo la *tésis* de que es irremediable partir.

Ninguna dificultad, en efecto, puede existir para la admision de este modo del conocer, siempre que á tal conocimiento se le conciba propiamente como de unidad, que es el que se conoce con el nombre de intuicion ó vista del objeto, en la Conciencia ó en la Realidad, en cuyos respectivos conceptos sirve siempre de Punto de partida ó de Principio en su ciencia peculiar: en lo que sí ocurre dificultad, hasta el punto de no poderse á ello asentir, es en creerle ó comprenderle, con Mr. Thibergien, mera y simplemente como una *pura* idea, cuando contiene en sí, como en su unidad, todos los modos del conocimiento.

Siempre el conocimiento de partes más ó menos aisladas exige de nuestro pensar, sin duda, el obligado supuesto de la nocion de un *todo* al cual aquéllas

se refieren (y en el que imperceptiblemente se resuelven) que percibe y refleja la *esencia una y entera*, ántes y sobre toda oposicion á ésta interior, y que tiene, en fin, ó en este caso, al ménos, su objeto en la pura, suprema é indivisa Realidad; la condicion ó naturaleza de cuyo objeto le hace tener algunos puntos de contacto con el conocimiento *racional*, á pesar de las diferencias marcadas; puesto que el concepto de totalidad descrito, como primero y más alto en la Realidad, ha de ser reproducido por la facultad más elevada del espíritu, la Razon (1).

Hasta aquí las advertencias que juzgábamos convenientes: consignado este recuerdo sucinto de los varios modos del conocimiento, y no creyendo oportuno extendernos más sobre este punto, continuemos, puesto que quedan marcadas las más notables distinciones que se dan entre ellos.

\*  
\* \*

¿Qué es, pues, LA FILOSOFÍA?... «Conocimiento de lo permanente, ó esencial, de la Realidad percibido en el sujeto por la Razon,» dijimos al empezar á hacer la division en que cuidábamos de combinar los modos primeros de mostrarse aquélla,

---

(1) Respecto á los rasgos imperfectos trazados aquí con el fin de bosquejar este resumen de las distinciones que creemos separan unos de otros los modos de conocer, repetimos lo consignado en la nota de la página 36, porque á no pocas de las reflexiones hechas en estos párrafos alcanza la razon que en aquel lugar nos impulsó á hacer las advertencias aludidas.

con las fuentes reales de nuestro conocer (sometiéndonos al mismo tiempo á ambos elementos, igualmente necesarios é igualmente dignos de consideracion); y bastara ciertamente tal concepto,—por ser exacto,— si no pareciese, con razon, dado un tanto dogmáticamente,—quizás impuesto,—y si no existiera duda ó negacion, por parte de algunos, respecto á la posibilidad ó realidad de la *Filosofía*, tal como la hemos concebido y afirmado. Pero como, desafortunadamente, no sólo sucede esto, sino que casi puede decirse *está de moda*, tenemos, aún con pesar nuestro (por las dimensiones inesperadas que ha tomado este escrito), con sentimiento, decíamos, nos es necesario detenernos un poco en esta cuestion, que, no obstante, jamás hemos mirado como tal, sino, por el contrario, como verdad obvia y clara; permítasenos el atrevimiento de confesarlo.

La Filosofía, repetimos, no es toda la Ciencia, sino *un aspecto de toda la Ciencia*; tampoco es primordialmente un punto de vista de todas las ciencias, porque, teniendo su asunto *propio y principalísimo*, no puede comprendérsela como semejante *desparramamiento* — valga, si puede pasar, el vocablo; — lo que acontece es que, siendo el objeto de la Filosofía, la Realidad toda (siquiera sea estimándola bajo un aspecto parcial), y ésta á su vez el *Objeto* de todo el humano conocer, (como *objeto* uno, superior y primero), claro que ha de internarse por necesidad en el campo propio de toda ciencia particular, é incidir en la parte más elevada de su propia esfera; puesto que ésta tiene que poseer su objeto, consistente en

una fase más ó ménos limitada de aquel *Objeto* total (la Realidad entera), ó en una parte de éste, más ó ménos comprensiva.

Pues bien; y ¿cuál es ese *objeto* de la Filosofía *propio y principalísimo*?... Indudablemente en la Realidad hay algo más que hechos, lo cual conceden indirectamente los mismos materialistas; y existiendo este *algo*, nada despreciable por cierto, ¿por qué no ha de poderse constituir con él toda una ciencia que se proponga el estudio y el conocimiento de esa nueva esfera de lo que *es*?... ¿dónde están las razones serias para poder combatir la *legitimidad* de una ciencia que tenga su objeto en el conocimiento de *los principios*, y en general de las *ideas* (todo lo cual cae fuera del mundo de los *hechos*), formando con el conocimiento de estas determinaciones eternas de la esencia — y en cierto modo del Sér entero — todo el *sistema de nuestro conocer à priori*; esto es, del *conocer* que no está bajo la jurisdicción del Sentido; del *conocer* que escapa á la *observación*; del *conocer* racional, ó de lo permanente é idéntico; del *conocer* — en una palabra — supra-sensible é inmutable que basa en puras intuiciones intelectuales y tiene su elevado origen en la razón humana?... Es innegable. Sólo el particularismo de ciertas escuelas, y la aberración de sus obstinados é inconsecuentes sectarios, pueden incurrir en el error de negar, de todo punto, la posibilidad, legitimidad, realidad y trascendencia de la Filosofía en este sentido.

No se vea, empero, tras estas palabras, una aversión y un desprecio por los sistemas sensualistas en

general, y especialmente por el moderno *positivismo*, que estamos muy lejos de sentir. A juzgar por lo que de ellos nos es sabido, tenemos gusto en reconocer (aunque prefiramos alguna) que todas las escuelas filosóficas nos merecen profundo respeto, elevada y sincera consideración, — como la sabia opinion ajena; — y que, respecto á esta última, creemos ha venido á cumplir un alto fin; porque, trayendo su peculiar sentido y carácter á las ciencias, tiende á corregir los excesos y á encauzar las divagaciones á que puede dar ocasion el *idealismo* abstracto y subjetivo. Es la exaltacion del análisis, la rehabilitacion, quizás exagerada, de la observacion, más que una *escuela* filosófica, puede considerarse tal vez como una doctrina metodológica, que será más ó menos aceptable, pero probablemente no muy inoportuna. . . . .

Mas volvamos á la Filosofía. Dijimos que era el primer género científico; veamos por qué. Para ello creemos indispensable recordar que es «el conocimiento de lo *esencial* en el objeto, percibido por la razon.» Ahora bien, y teniendo en cuenta que lo particular —lo concreto ó lo *mudable*— no es sino una determinacion de lo *esencial*, síguese de aquí que en el orden lógico, que en el orden de la razon, la Filosofía es ántes que la Historia y ántes que la Filosofía de la Historia: mas no hay que confundir el orden de que hablamos con el llamado orden cronológico, ó de mera y propia informacion en el tiempo.

Un prejuicio muy extendido nos hace dudar de aquella prioridad y confundir la peculiar manera de ser de estos distintos órdenes. Efectivamente, como

tenemos ya en el alborar de nuestra vida una infinidad de conocimientos experimentales (siquiera sean en general incompletos), los cuales se graban los primeros é indeleblemente en nosotros, por el predominio considerable de los sentidos en la primera edad, nos parece obvio y claro que éstos son los primeros que nuestro espíritu percibe y acoge; sin fijarnos en que (como determinaciones, algo relativo, que son) exigen el supuesto necesario de las ideas de razón, indeterminadas y en cierto modo absolutas, aún cuando sólo tengamos de éstas un conocimiento irreflexivo y vulgar ó precientífico. Y hé aquí por qué el conocimiento filosófico es llamado *à priori*, y el histórico *à posteriori*.

El conocimiento filosófico, racional, tiene un valor absoluto. Mientras que sus leyes estén legítima y metódicamente inducidas ó deducidas, no pueden nunca ser contradichas ó desmentidas por la experiencia; pero sí pueden, alguna vez, los resultados propios — bien adquiridos — de la observacion corregir las falsas inducciones ó deducciones de aquélla; y cuando, por fin, estos *hechos* estén de acuerdo con tales leyes, las corroboran y confirman, hasta el punto de llevar á la Ciencia el necesario carácter de verdad trascendental, verdadera é irremisible, cierta y evidente. Elevadísima tendencia que siempre debe animar y mantener la verdadera Filosofía, pues no otro es el recto camino de la certeza, ni máspreciado timbre puede ostentar la indagacion científica que el que del acuerdo referido tiene forzosamente que resultar, desde luégo, como directa consecuencia.

Todas las condiciones que asignábamos al principio á la Ciencia en general tienen también aquí, como parte integrante que es de aquélla, su perfecta aplicación, su exacta y procedente referencia. Así es que, para que la Filosofía considerada en unidad no sea una entidad abstracta y vacía, necesita, como la Ciencia toda, un *objeto* y un *sujeto* que, respectivamente, la provoquen é informe, más un *medio* adecuado para su elaboración; todo lo cual queda ántes referido, por indicación sucinta, en la simple exposición de su más inmediato concepto.

Trayendo una vez más á conciencia lo que entonces dejábamos consignado, sabemos que el objeto de la Filosofía es el mismo que el de la Ciencia, aunque tomado en un particular aspecto (el Sér en cuanto permanente y esencial), y de aquí el que, el conocimiento de cualquier objeto (como tiene que ser éste una *porción* del Sér) seguramente encierra una parte filosófica.

El sujeto de ella, además, no es maravilla afirmar que sea el hombre; pero se ocurre preguntar: ¿el hombre, valiéndose de todos sus *medios* de conocer, ó de uno sólo? y, en este caso, ¿de cuál necesita valerse?... Recordemos que el objeto de la Filosofía es la Realidad en cuanto tenga de *permanente*; como este modo de mostrarse no puede ser percibido sino por la *razón*, resulta que el sujeto de la Filosofía es el hombre en su medio espiritual correspondiente con lo constante y eterno de la Realidad, esto es, por la *razón*. Mas debemos advertir también que los medios de conocer no se dan, en el espíritu individual finito, puros, desligados, sin relación unos con otros, sino,

por el contrario, siempre bajo la unidad de su conciencia, por lo que el sujeto, propiamente hablando, dirémos que es la conciencia racional ó «la razon en la conciencia.» Este, y no otro ninguno, — por lo que á la última advertencia y afirmacion trascendental se refiere, — es el verdadero sentido de la armonía del conocimiento.

Como la Filosofía, segun llevamos dicho, es uno y el primero de los géneros científicos, debe participar — repetimos — de las condiciones todas de la Ciencia en general; teniendo, en consecuencia, como ésta, un fondo y una forma propios, puesto que, ademas, está dotada de propia sustantividad: el primero le constituye el *conocimiento racional*, componiéndose de conceptos, juicios y racionios, referentes á este último aspecto; y la segunda, ó su forma, será tambien sistemática.

Igualmente necesita hallarse adornada de condiciones esenciales, que no pueden ménos de ser, del mismo modo, verdad y certeza; lo cual es posible, á condicion de que encontremos una verdad ideal innegable que nos facilite el acceso en la Filosofía, y otra del mismo primer carácter, y á la vez absoluta, bajo la que comprendamos y en la que hallemos la razon y fundamento de todo el sistema.

Tambien poseerá condiciones formales, que serán unidad, variedad y armonía; adelantando aquí, porque merece notarse, la afirmacion, ahora indemostrada, de que la Filosofía, en el sentido de su variedad, se particularizará en razon de los objetos que dentro de su objeto total se dén; pudiéndose considerar aquélla en distinciones tantas, cuantas sean

las determinaciones que éste contenga, y no siéndonos de todo punto ilícito presentir que el objeto de la Filosofía se determinará en seguida en ley de dualidad y composición bajo unidad.

Será, por último, la Filosofía, armónica, es decir, ultimada en perfecta relación y recíproca correspondencia, la de cada particular objeto con la de todos los objetos particulares, y aquella y éstas en la misma acordada composición, con la Filosofía una y entera.

Y habiendo de ser, finalmente, constituida mediante nuestro esfuerzo, claro que éste debe ser metódico, reflejando bajo este aspecto exactamente todo lo preceptuado para la Ciencia entera.

Las primeras direcciones que á su desenvolvimiento ulterior podemos señalar, la única división, pues, que nos es lícito hacer ahora de ella, fundados en las anteriores observaciones, y sin que merezca, por tanto, llamarse prematura y dogmática, será en analítica, sintética y constructiva, la cual abraza ampliamente su plan general.

Baste con lo dicho respecto á la Filosofía, y cerremos esta indagación con algunas consideraciones referentes á su utilidad, importancia é influjo eficazísimo que, en nuestro juicio, puede acarrear á las ciencias y á la vida en todos ó cualquiera de sus órdenes considerada.



Terminemos, sí, este bosquejo de la ciencia más elevada y grandiosa, diciendo: la Ciencia en general, — pero especialmente la Filosofía, — no debe

considerarse jamás como satisfacción de una pueril curiosidad, ni como una distracción más ó ménos seria y honesta, ni áun siquiera como un efecto de nuestra aplicacion instigada por la necesidad de aclarar y sistematizar los conocimientos vulgares que ántes poseyéramos. La Filosofía, la ciencia denominada históricamente Filosofía, tiene un fin, que no puede ser desconocido, inmediatamente más alto y necesario; porque ella debe ser, el guía del obrar, en el individuo; la norma eterna del vivir, en la sociedad; la verdadera *maestra de la vida*, en la Historia.

Indudablemente, la Filosofía encierra en sí el bienhadado secreto de estas influencias inestimables, y alcanza la mision quizás más grandiosa, trascendental y necesaria que dentro de la Ciencia puede ser concebida. No ha bastado nunca, en efecto, — ni á la innata ansiedad humana de saber con verdad puede bastar, — el cultivo de las numerosas, de las múltiples y variadas manifestaciones de su inteligente actividad en todas las esferas *aisladas* de las ciencias particulares; ya sean éstas producto del estudio admirable y extensísimo de la Naturaleza y sus leyes; ya sean resultado de la consideracion profunda y *comparada* del desenvolvimiento de la humanidad en el espacio, al correr — ora arrogante y esplendorosa, ora sombría, enteca y abatida — sobre la sideral inmensa estela que las generaciones van trazando, con lumínica huella, sobre la rugosa frente del tiempo; ya sean efecto de la contemplacion severa y reposada de la que debe ser libre condicionalidad *jurídica* de la vida social; ya sean obra y consecuencia de la atencion honda y tenaz á las le-

yes constantes y altísimas que presiden á la realizacion de lo *bello* en el mundo del sentimiento, en las atmósferas de la luz, del ensueño, de la cadencia, del fantasma y de la armonía; ya sean, por fin, todas estas manifestaciones, repetimos, juntas, pero desligadas..... no han sabido saciar completamente aquella febril é inextinguible aspiracion del hombre, aquella sed hidrópica de últimas, de indemostrables razones, causas, motivos y fundamentos á que ántes queríamos referirnos. Para llenar esa ferviente aspiracion, para extinguir este anhelo, para realizar en algun modo este deseo creciente, ha sido preciso, indispensable, erigir un vastísimo cimiento que permitiera estribar sólidamente la respectiva base de todas las ciencias particulares, y una direccion principalísima y envolvente de éstas; direccion primera, fija, segura y fundamental, que igualmente á todas infundiera unidad perfecta de sentido, alcance y propósito, y enlace mutuo, armónico é íntimo: ha sido indispensable que el sujeto pensante y conocedor haya vuelto con asiduidad incansable y en direccion á él interna, — sobre sí mismo, — los rayos clarísimos de la luz eterna y divina de la conciencia racional, lanzándolos hasta los más sinuosos antros de su sér, hasta las más oscuras circunvoluciones de la masa candente de su cerebro, acompañados de pertinaz y escrutadora mirada, de esa mirada *incisiva* y penetrante que da armonía, transparencia y color á la reflexion, y al conocer realidad, vida y trascendencia universales.

Por medio de estos movimientos intelectuales, cuyo recuerdo necesariamente tuvo que quedar es-

culpido con cifras perennes de luz creadora sobre las planchas incorruptibles de la historia del pensar, — porque de ellos arranca la santa y legítima (no la *demagógica*) emancipacion de éste, — en virtud de tan radicales movimientos, decíamos, el hombre estudió y conoció un día, en la suprema unidad de su conciencia, la ley altísima y real de su sér y de su conocer, para la organizacion *científica* de la verdad cierta y trascendente. Principiáronse entónces á distinguir las propiedades opuestas, en las exactas condiciones y maneras de su oposicion; separóse lo comun y permanente, en cada sistema subordinado de séres ó de verdades, de lo peculiar, relativo y mudable en los mismos; y redújose, — aislando todo lo que fué posible considerar, relativamente, accidental, — cada ciencia á su principio, á la verdad capital y superior que aparecía como base de ella y así como en calidad de único germen de su total organismo, el cual viene aquélla á llenar merced á sucesivos y sistemáticos desenvolvimientos.

Mas era necesario, por último, adquirir la racional persuasion de que si el conocer había de ser por completo, — científicamente, conocido, — urgía poder considerar al conocimiento, en sí mismo y ántes de toda otra manera de consideracion, como cosa integrante de la Realidad, pero al mismo tiempo sin olvidar que (cual obra que es siempre levantada por el sujeto en virtud de propio esfuerzo), exige para la universal afirmacion de su legitimidad que el sujeto mismo se sepa clara y racionalmente de él, que vea, con vista refleja é indudable, cómo y

con qué medios y condiciones ha conseguido su información.

¿Cuándo se ha operado ó se opera esta reforma? ¿Qué género de consideraciones han podido ó pueden provocarla? Tal vez sería posible señalar aquí los pasos marcados en la historia por el desarrollo, por la génesis de aquel alto sentido, pero no entra en nuestro propósito la exposicion siquiera de tan arduas cuestiones; sea una ú otra ó varias las fechas que se debieran citar, basta consignar que la reforma descrita puede realizarse en todos los espíritus, y en todos los momentos; y puede realizarse,—y de hecho se realiza,—gracias al estudio de la Filosofía, única ciencia que responde á tan profundas y racionales exigencias, hasta el punto de tener en ellas, puede decirse, las primeras materias de su propio objeto y contenido.

Es, por tanto, de absoluta necesidad y de importancia incalculable, como afirmábamos, el estudio de la *ciencia de los principios*, de esta elevada esfera del organismo total del conocer que arrastra la inteligencia, la razon, el espíritu individual, en una palabra, á la region purísima y serena que constituye la atmósfera média, entre lo finito y humano y lo infinito y absoluto, el lazo de union bendita entre la region eterna de lo verdadero, lo bello y lo bueno y este «miserable grano de arena sumido en una lágrima,» como decía en ocasion solemne el príncipe de nuestros oradores. Ella es la concentracion fortísima de unidad, el foco de vívida luz y de sacro fuego, para las ciencias particulares y la vida, que será curada y se mirará exenta — por sólo el mi-

nisterio de ella, — de monstruosas y sangrientas perturbaciones que llagando á la humanidad han parado repetidas veces su marcha triunfante á través de las vías amplísimas é inexploradas del progreso.

Y siendo así... ¡cómo dudar de la importancia capitalísima de la Filosofía en esta época, quizás realmente azarosa, mas preñada de tremendos ideales; de este momento histórico de universal crisis, de duda y desaliento universales, en que vemos bambolearse y caer á nuestras plantas un mundo que fué morada, anhelo y sostén de mil generaciones, conmoviéndose hondamente al sentir el choque rudo y continuo hasta de los elementos más afines de la sociedad y de las corrientes todas de la vida!.. Preciso se hace, cuando todo tiembla y vacila, asirse con fé al puerto seguro del refugio humano; cuando el indiferentismo social y la duda y la sensualidad cínica y grosera extienden de día en día la avalancha de su tenebroso y pestilente imperio sobre los hombres y las instituciones de esta edad y amenazan ahogar bajo su cieno á los que no quieran vivir manchados, remando por encima de sus turbias ondas con las palas del servilismo, y revolverse sobre ellas y arrastrarse empujados por los *simouns* malditos de todas las bajas pasiones; cuando los males señalados corroen las entrañas de una sociedad, fuerza es luchar de frente con decision, y para emprender esta lucha tambien con fruto, nada como volver la vista á las más altas verdades, elevarla hasta percibir los reflejos más puros de los *principios*, que todo lo informan, y esperar confiados que su granítica solidez nos sirva de escudo

miéntras pasa la borrasca de este inmenso piélago, el desórden congojoso de este caos formidable! Borrasca y desórden que han de extinguirse un día, tal vez no lejano, tornando todo á un equilibrio más estable que cuantos haya podido perder la humanidad, sobre todo al sentir ésta el poderoso influjo y la virtud efficacísima de algunos astros, eclipsados, más no perdidos para nuestro horizonte, los cuales logran aún hacer bajar hasta nosotros, en momentos solemnes, los bienhadados destellos de su luz redentora; los reflejos, sí, de los soles esplendentes de la justicia y de la verdad, de la libertad y del bien, orlados por los ámplios y níveos cendales que tejen con afán la paz, el órden y el ilimitado espíritu humanitario!... De ellos surgirán avasalladoras y potentes la reparación y la reforma.

Grande es la mision que la Filosofia debe cumplir en nuestra edad. Sin descender á detallar la colossal influencia que su estudio lleva á cada una de las ciencias particulares, dirémos que ella, con su método severísimo, habitúa al hombre á una circunspeccion y severidad de juicio envidiables, porque le elevan, fortifican y dignifican sobremanera; ella obliga al respeto de todas las opiniones, á la defensa de todos los intereses legítimos y al amor fraternal de todos nuestros semejantes; ella nos da la evidencia de la idea del Sér Supremo, y con ésta nos infunde el deseo de rendirle íntima y digna adoracion; ella sabe enseñarnos á dominar nuestras pasiones, á reñir perenne batalla con el error, con el mal, con la fealdad, mostrándonoslos cada uno como estados anormales y transitorios que germinan al-

guna vez en nosotros al calor de la limitacion por que está afectado todo el Universo; ella, por último, nos hace árbitros verdaderos y señores libérrimos de nuestra libertad, de nuestra vida y de nuestro destino, dotándonos del valor insustituible de nuestra conducta, tendente en toda ocasion al cumplimiento y logro de los eternos fines humanos.

Miéntras el hombre camina, finalmente, con vista y paso serenos por el anchuroso sendero de la verdad, contempla en todos los momentos muy de cerca la felicidad verdadera, y goza y se abisma en el mar de dulzuras que de ella emanan; mas no puede hacerse con ventaja esa marcha, sin consultar y seguir la direccion señalada por la brújula invariable de la ciencia filosófica.....

Si no temiéramos que se nos aplicasen los anatemas de obcecados y optimistas, consignaríamos terminantemente, para concluir, que *de la Filosofía (1) esperamos con entusiasmo la reforma completa que satisfaga en todas las esferas esa aspiracion y esos candentes anhelos, de todas las clases y de todos los lugares*, que han venido á constituir como la característica de nuestra edad; porque nosotros no concebimos al *buen ciudadano*, sino formado, ó en la religion verdadera por el amor incondicional y universal que ella debe inspirar, y sin duda alguna inspira, ó en la Ciencia, por la certeza del bien, por la evidencia de la verdad y la sagrada conviccion, ó la conciencia absoluta, del deber y del fin total humano; y claro

(1) Por lo ménos, de la educacion é instruccion popular verdaderamente racionales y científicas; dicho sea en la más extensa significacion de los términos.

que no se comprenden, ni pueden existir naciones verdaderamente grandes, sociedades realmente dignas, felices y envidiables, más que constituidas por *buenos ciudadanos*, en todo el amplio sentido de la frase, por asociados probos, humildes, inteligentes y laboriosos. Medítese y calcúlese, pues, con verdadera atención, hasta dónde llegaría el influjo que la ciencia de *los principios*, especialísimamente (pues que es la llamada á rehabilitar y á reivindicar en su propia esfera, este aspecto prudentemente ideal de la vida, olvidado y despreciado como ninguno, en cuanto al vivir se refiere), hasta dónde se extendería, decíamos, la incomparable influencia que la Filosofía es capaz de ejercer, — profesado sinceramente su estudio y propagadas sus *enseñanzas* con amor y empeño inquebrantables, — en todas las manifestaciones y fines de la vida humana, lo mismo en las esferas de la ciencia y del arte que de la política, la religión y la moral; tanto en la administración y múltiples relaciones del organismo del Estado, como en el oculto y poético seno del hogar y en las más triviales relaciones personales; y después de considerar esto, no podrá justificadamente mirarse con recelos ni desconfianzas la ciencia dignísima de los nobles amantes del Eterno, de la Humanidad, de la razón y persona humanas; de los fervientes adoradores de la verdad, del bien, de la belleza, de la libertad, de la fraternidad, de la igualdad, del orden, de la justicia y del derecho. Y entiéndase que todo esto que en tésis general afirmamos de la Filosofía, lo pensamos muy especialmente de la filosofía una, de la que con razón llamó ya Aristóteles, el sublime maes-

tro de Estagira, *Filosofía primera* (Metafísica), á la cual queremos referirlo en cuanto cabe, dadas sus distintas condiciones.

Hé ahí, aunque á la ligera, la utilidad imponderable de la Filosofía, en nuestro humilde juicio. Podrá no ser exacta su antigua denominacion de conocimiento *rerum divinarum humanarumque scientia*; pero merece, á no dudar, los calificativos de ALMA SUBLIME DE LA HUMANIDAD, REFUGIO INEXPUGNABLE DEL ESPÍRITU INDIVIDUAL, VALLADAR NOBILÍSIMO DEL ÓRDEN Y LA LIBERTAD SOCIALES Y AURORA EXCELSA DE UN PORVENIR EDÉNICO. . . . .

Ahora bien: si esto decimos con absoluta ingenuidad, si tal pensamos de la Filosofía y de su importancia, de ningun modo queremos significar, no obstante, que deba admitirse, en tésis general, ni ménos en absoluto, supremacía ni postergacion alguna entre los *géneros científicos* en otro lugar de este opúsculo establecidos. Legítimas determinaciones cada uno de la unidad primera y más alta del conocer cualificado, á que al comienzo llamáramos *Ciencia*, tienen todos, en su esfera propia, idéntica sustantividad real y perfecto derecho á ser considerados, bajo este punto de vista, á igual altura, en la misma elevada categoría; porque tanto el estudio y conocimiento de lo esencial (ó de los *noúmenos*), como el de lo cambiante (ó de los *fenómenos*), y como el de las leyes ó formas permanentes del mudar (con sujecion á las que los cambios se producen); tanto unos

como los otros, decimos, son necesarios por igual y absolutamente insustituibles para la perfecta y acabada integracion de aquella primera totalidad científica una é indivisa. Y no sólo afirmamos que los tres sean necesarios para integrar esta unidad del conocer, y por tanto independientes, sustantivos é imborrables, sino, tambien, que no pueden concebirse verdaderamente separados, — aislados, — cada uno de estos modos; ántes, por lo contrario, hay precision de comprenderlos, siempre, en mútua compenetracion, en recíproca conexion ó en correlacion exacta; en todo caso, exigiéndose recíprocamente, y mútuamente completándose.

Dotar inconsideradamente á la Filosofía de una importancia y un valor exclusivos y absorbentes, es anular lo mismo que se pretende enaltecer, y reducir el campo de la investigacion á la penumbra vaga é incolora donde columpiaría sus éxtasis adormecedores el científico, sin conseguir jamás mostrar por mediacion de la ciencia — cual es preciso — el derrotero y marcha racional de la vida, que, como ha dicho el Sr. Ares, «corre sin espera y sin aguardar al pensamiento, y, si no puede éste ofrecerla una norma y regla de accion, irá á buscarla aquélla en otras fuentes y orígenes, quedando reducida entónces la Filosofía á vano discurrir teórico sin aplicacion de realidad.» Y así es, en efecto; mas puede suceder muy bien que, por huir de este exceso lamentable, se vaya á caer, con nécia impremeditacion, en el extremo opuesto, aún más digno de ser deplorado; de cuya absurda abyeccion pensamos que es conveniente huir con respetuoso horror. Los efec-

tos de esta concepcion, de todo punto equivocada, —de la Ciencia y *Filosofía* puramente *experimentales* y *empíricas*, — ó que por lo ménos se basan en el mero sentido comun, pueden notarse, con más frecuencia, en los consagrados al cultivo de las ciencias médicas y al de todas las de observacion (1); no siendo difícil, ademas, percibir claros síntomas de aquella letal y perniciosa influencia hasta en la misma vida real, donde son vulgarísimas multitud de aseveraciones escépticas, — cónicas verdaderamente, fatalistas, tan gratuitas como desgarradoras, por lo general, —con que á menudo nos *regalan* por todas partes y en cada momento los oídos, *viejos de cinco lustros.....* y otra multitud de curiosísimos tipos de esta época, que no nos proponemos citar siquiera; perfectos modelos de andante contradiccion, de incalificables antagonismos.

El pesimismo en todas sus manifestaciones, la negra misantropía, la fría indiferencia que corroe las entrañas de nuestras sociedades, son en verdad legítimas y directas consecuencias, muy principalmente, del exceso que censuramos; de la propension (harto ilícita, dentro de la ciencia, y realmente imposible siempre), á elevar á la categoría de verdades primeras ó principios racionales de verdad, meras afirmaciones obtenidas como resultado de *generalizaciones sobre datos suministrados por la propia experiencia individual subjetiva* (que por fuerza ha de ser incom-

---

(1) Nos referimos á los excesos y defectos de concepto y de método en que suelen incidir muchos cultivadores de estas ciencias; no á las ciencias mismas propiamente.

pleta), y en vano gallardamente ataviadas con el ropaje de lo *absoluto*, con las cuales — como dice un filósofo contemporáneo (1) — se pretenden sustituir las verdades unánimes de la conciencia y, partiendo de la observacion limitada é imperfecta de un reducido número de hechos, extendida por una generalizacion indiscreta al infinito, se sientan como leyes y máximas de conducta, «originando un sin número de *prejuicios* sobre la condicion humana, la sociedad, sus instituciones, etc., que vienen á recibirse luégo, por la influencia de la aprension subjetiva, en sistemas científicos, sociales y áun jurídicos, engendrando en ellos funestos y trascendentales errores.»

Así puede originarse, y creemos se origina, esa verdadera *enfermedad social* indicada, que á todos nos duele y nos consterna. Y no hay duda posible: por la experimentacion, por la observacion más delicada y constante aún del mayor número concebible de hechos, no podrá nunca subirse á la obtencion de una *verdad absoluta*, y fuera temerario é ilegítimo proclamarla como de este elevado carácter. Aplicada aquélla en las condiciones referidas, podrá perfectamente decirnos, en atencion á lo que siempre ha sido, lo que *es posible* SEA, lo que *probablemente* SERÁ, pero de ningun modo lo que HA DE SER, lo que ha de acaecer *con carácter de necesidad imprescindible*, pues siempre cabrá la duda, la posibilidad, de que una nueva observacion venga á des-

---

(1) El Sr. Calabuig, en sus *Estudios sobre doctrina general de la Ciencia*, pág. 43.

truir, en todo ó en parte, los fundamentos de la supuesta verdad absoluta: buena prueba de lo que aseguramos ofrecen, entre otras muchas, la historia de la Astronomía, y aún la de la Física experimental.

Lo racional, lo prudente en este punto, como en tantos otros, consiste, según llevamos indicado, en mantener cada género de conocimientos en su propia esfera, concediéndoles dentro de ella el valor insustituible merecido; y, una vez aceptada la posibilidad de conseguir la perfecta organización del conocer científico en la subjetividad del pensamiento reflexivo, y admitida la del mismo para adquirir la verdad con evidente certeza, traer á sistemática y orgánica construcción todos y cada uno de los elementos elaborados por cada modo peculiar, con sujeción fiel á sus particulares condiciones; pues no titubearémos en repetir más aún que son cada cual poderosamente necesarios, — cada cual y todos juntos, tanto como éste de que nos ocupamos, y en el cual consiste la *armonía*, — para la integración unitaria del conocer legítima é irrefutable, para la perfección de la especulación científica, y para el deseado, consolador é incombustible progreso de la Ciencia entera.

Sentado lo anterior, es innecesario declarar que no juzgamos admisible el tenaz empeño con que las escuelas de la experimentación tratan de reservar el término CIENCIA para la designación de aquella parte del conocer, adquirida experimentalmente, por medio de una ú otra observación, — *formulada en representaciones sensibles* — y que se refiere, como

no puede ménos de ser, al estudio de los fenómenos.

Expuesto queda el sentido en que aceptamos y empleamos el referido término, que no es otro que el de «la expresion de la esfera indivisa y unitaria del conocer;» oponiéndonos á la pretension de aquellos sistemas, porque la cuestion aludida no supone meramente una ligera disparidad, — por razones etimológicas ú otras de índole parecida, — respecto á la aplicacion del término, sino que acusa radical y considerable divergencia en lo relativo á lo más fundamental de la teoría del conocer.

---



LA RAZON Y LA FÉ



(APÉNDICE)



---

## CONCLUSION

---

Una palabra más, todavía, respecto á la incompatibilidad que es muy comun establecer entre el reconocimiento de la RAZON humana, para la elevada funcion que la hemos asignado, y el del valor y legitimidad de la FE religiosa; entre la RELIGION y la CIENCIA.

Nada tan gratuito é inmotivado, en nuestro humilde juicio: álguien ha dicho que pueden éstas ser consideradas como dos paralelas que ligan los mismos puntos extremos partiendo cada cual en direccion contraria á la otra, pero no por esto incompatibles. Nosotros pensamos, en consonancia, pero sobre la opinion citada ya, que no pueden existir contradicciones ni choques entre lo que á tan desigual altura se mantiene, entre esferas tan profundamente distintas, si no diferentes.

La FE, en general,—y, por tanto, la religiosa, en más ó en ménos que con la de cualquier otra naturaleza acontece,— principia siempre donde la verda-

dera ciencia acaba, señala y marca en cada momento el límite más alto á la jurisdiccion de la CIENCIA; dándose entre ellas, por consiguiente, subordinacion real y no oposicion.

La FE consiste en el pleno y total asentimiento personal á lo que no puede ser científica y directamente sabido, á lo que no es posible conocer por los modos primordiales de que ya hemos hecho expresion, aunque sucinta. A su terreno no alcanza, pues, con las naturales fuerzas de que se halla dotada la conciencia racional humana.

La RAZON hace de cuanto abarca — principios, ideas ó relaciones — perfecto reconocimiento, como de verdades *asimilables* por la subjetiva cognoscencia del sujeto: la FE entraña la forma de un modo, no ya de este ó el otro género de asentimiento, en virtud de una crítica más ó menos detenida y perspicaz, sino de íntima, completa é incondicional union de la conciencia con lo creído; constituye siempre — dice á propósito de ella el conocido publicista extranjero H. de Leonhardi — una conviccion por razones *subjetivas*, pero no por esto ménos esenciales. Y nuestro queridísimo maestro Ares y Sanz exclama, en razonamiento que creemos ciertísimo y meditado, con idéntico motivo: «La Filosofía se limita á consignar únicamente que, entre la Razon Absoluta y la razon relativa, no puede haber contradiccion, y sí subordinacion tan sólo. La Razon es una y la misma ántes de toda distincion en infinita y finita, en absoluta y relativa, y en esta fundamental unidad encuentran su garantía y hallan su legitimidad las determinaciones finitas en que se manifiesta aqué-

lla. Habrá, pues, una esfera *supraracional* para el hombre, pero no contradictoria con la de su razón finita (1);» citando, en apoyo de estas palabras, otras del ilustre obispo de Córdoba, Fray Ceferino González, insertas en el prólogo de su *Historia de la Filosofía*, en las que este respetable filósofo dice: «... porque la razón humana, como participación que es de la Razón divina, como impresión de las ideas eternas (...), como derivación y semejanza de la verdad increada que se refleja y brilla en nosotros — ... — según la palabra y el pensamiento de Santo Tomás, contiene y entraña una virtualidad infinita (*intellectus est infinitus in intelligendo — potentia quodammodo infinita — potentia ad omnia intelligibilia*)...» cuyas sinceras frases revelan un sentido altísimo y ciertamente digno de ser aplaudido.

Identificados con las respetables opiniones trascritas, que están bien lejos, — felizmente, — de ser únicas ni aún raras en el campo de la Filosofía, declaramos lealmente, sin rebozo ni reserva alguna, que juzgamos indignos del hombre de ciencia toda preocupación hostil ú ódio sistemático contra las creencias ajenas de cualquier índole que ellas sean y por cualquiera que estén profesadas, — sobre todo si se atemperan á las exigencias de lo lícito, — porque tales preocupaciones y tales odios, impropios realmente del espíritu elevado de nuestros tiempos, son siempre, además, producto febril ó egoísta de imaginaciones entecas ó de criterios estrechos y

---

(1) En el hermoso *Discurso* ya varias veces citado, página 40.

mezquinos. Y si estas debilidades son en todas partes y condiciones censurables, dentro de la Ciencia, ó desde ella, no deben jamás ser posibles, ni pueden nunca estar justificadas, pues acusan contradicciones rastreras é inconsecuencias monstruosas de que ha de mirarse siempre libre, muy especialmente, quien declara ley suprema de su conducta el respeto sincero á todo lo honesto y legítimo, para merecer de los demas este mismo respeto en cuanto á él se refiere; y quien proclama como medio constante para la consecucion del fin humano, y como norte y móvil invariable de su hacer, el amor al prógimo, al bien y á la verdad, etc. La contradiccion en estos, es pues, insalvable, y no cabe duda de ella; en efecto: el error de los demas, podrá provocar en nosotros el generoso empeño de desvanecerle, empleando medios dignos y honrados; la disidencia de opiniones y sistemas, obligará á la discusion sincera, á la propaganda incansable, y á la lucha pacífica y elevada; pero ¿en qué caso podrá justificar el rencor?... ¿cuándo alcanzará á cubrir el ódio sistemático y la negra inquina?... ¡nunca!... es indudable; y tanto lo pensamos así, que entre este extremo y el exceso contrario de respetar en los demás lo ilegítimo, lo criminoso y deshonesto (cuyo extremo exagerado no creemos tampoco admisible); en aquella alternativa, decíamos, habríamos de optar por el segundo de los vicios señalados. Mas optemos, en resúmen, por lo justo: si hemos de ser respetados, sepamos querer y respetar cordialmente á cuantos nos rodean... Paso franco á la Ciencia pues, que si vá armada de todas armas para la buena lid, no sabe usar jamás para el

triunfo, el puñal ni el veneno; y á cambio, por tanto, de este *execuatur*, cuyo reconocimiento ella solicita, permanezca la Fe tranquila, que no ha de escalar aquella la cúpula donde su jurisdiccion reside; pues al cabo la Ciencia verdadera no está exenta de cierto carácter religioso (1), ni la Fe, al mismo tiempo, carece, de todo punto, de cierta condicion posible y subjetiva á que la razon dá paso. Mas huelga, sin duda alguna, y finalmente, cuanto en apoyo de estas opiniones que exponemos se intente aducir; basta con reflexionar, que si debe huir siempre el hombre de todo apasionamiento tenaz é ilegítimo, aún puede explicarse, — que no disculparse, — tal alucinacion y tales defectos por parte de los fanáticos de una idea, pero en LA CIENCIA verdadera no caben *fanáticos* ni *intransigentes*, ni deben existir explotadores de la grandeza y respetabilidad de ella, ni son posible los obcecados!...

Ni es la ocasion, ni sentimos la necesidad de proceder á más extensas declaraciones ni más detenidas consideraciones sobre este punto. Acabemos por consignar, en honor de la rectitud de nuestros deseos, que, si como es muy vulgar y corriente sostener, alguna enemiga se guardan aún (cosa que no creemos) una y otra manifestacion de la esplen-

---

(1) Porque podemos decir, parodiando al gran Platon, que en el fondo de toda construccion intelectual se percibe siempre, y siempre sobre la cúspide de toda especulacion científica se vislumbra, una idea y una razon altísimas, eternas!... la idea majestuosa que refleja esta palabra: ¡Dios!

dente espiritualidad humana y de la magnificencia divina, ambicionamos de todas véras que la preocupacion se evapore sobre las aras del presente, al calor de una prudentísima y salvadora conciliacion, y que cesando la lucha, y aprovechándose para el bien, en lo porvenir, las ventajas de todos los contendientes, surja de aquélla, en creacion poderosa, el feliz armonismo de la verdadera vida racional.

Mas fuéramos olvidadizos y nada sinceros si, para concluir este apéndice, no evocásemos en apoyo de nuestro sentido las palabras con que cierra la exposicion del capítulo *De la Fe*, en la *Lógica* que en otro lugar hemos ya citado, el reputado publicista y grave y eminente filósofo extremeño, nuestro distinguido amigo Sr. Gonzalez Serrano, quien, despues de asignar como fundamento á la exigencia de la Fe para la realizacion de nuestra vida, la necesidad de *crear* mucho más de lo que nos es dado *saber efectivamente*, y de expresar que ella, no obstante, debe apoyarse en algun saber y con razon general, para que constantemente la actividad se mueva á indagar la conformidad de lo creído con las verdades de razon, termina diciendo lo que literalmente copiamos: «De este modo no son contrarias ni hostiles la ciencia y la fe, sino que se unen y condicionan recíprocamente en la *conciencia racional*, que es la misma que sabe y cree en principio absoluto de verdad y segun el límite del propio conocimiento que la fe suple y consagra.»

Basta con lo dicho respecto á la supuesta incompatibilidad entre la CIENCIA y la FE, con cuyas re-

flexiones hemos llegado á finalizar nuestro modesto opúsculo.

Ponemos término, rendidos y profundamente desalentados, en verdad, á nuestro humilde trabajo: si al principiarle nos embargaba el temor de sucumbir al intento de acometer un ensayo peligroso de nuestras fuerzas, miramos ahora trocado aquel temor en triste pesadilla, en dolorosa preocupacion; y como esta nace de la clara conciencia de nuestra ineptitud, no podemos ménos, antes de secar la pluma, de recomendarnos, una vez más aún, á la indulgencia benevolente del público, cuyo fallo esperamos resignados si no desesperanzados.

---

#### ADVERTENCIA DE LA PRIMERA EDICION

Este APÉNDICE ha sido escrito y agregado despues de recibida por el autor la Carta-Prólogo del señor Ares y Sanz, que al frente de este opúsculo se contiene; no formando, pues, parte de la obra, cuando nuestro respetable amigo la examinó, con objeto de escribir aquélla, no pueden referirse á él sus elegantes y profundas frases, ni sus concienzudos, oportunos é ingenuos consejos.

OTRA. La tirada de la primera edicion terminaba cuando recibimos, en el pasado Marzo, por conducto del celoso secretario municipal de Plasencia,

un atento oficio, que suscribía el recto alcalde-presidente en representación de aquella Municipalidad, y en el que se nos daba cuenta del acuerdo tomado por la Corporación, con fecha 6 del citado mes, relativo al otorgamiento de una subvención (no por modesta ménos agradecida y honrosa para nosotros), con destino á la ampliación de la tirada primera de la presente obra, para que de ella hiciese, — según las frases del comunicante, — «una tirada numerosa.» Esto no fué entonces posible, como indicamos, por haber llegado tarde á nuestro conocimiento. Tampoco podíamos, naturalmente, decir en aquella edición nada relativo á un asunto que nos era desconocido hasta los últimos momentos de la impresión.

Casi agotada la primera (gracias al cariño con que la crítica juzgó nuestro *Ensayo*, y al favor inmerecido del público, que esperamos y deseamos seguir disfrutando), no nos quedaba otro camino para llenar las indicaciones del Ayuntamiento ántes transcritas que hacer la *segunda edición* que hoy publicamos, no sin que conste en ella, siquiera sea tan ligeramente como las circunstancias lo ordenan, *el testimonio de nuestra verdadera gratitud* para aquellos paisanos que honor tan poco merecido por nosotros nos dispensaron, para la crítica, más benevolente sin duda con nosotros que merecíamos y más quizás que debíamos esperar, y para el público, que de una manera inesperada se ha dignado favorecernos.

Madrid, Junio, 1882

## ÍNDICE - PROGRAMA

	Páginas.
DEDICATORIA. . . . .	5
CARTA-PRÓLOGO. . . . .	7
INTRODUCCION.—(Esfera y asunto de este trabajo.— Medios subjetivos, ó aptitudes, para su realizacion en quien debe llevarle á cabo. — Su objeto pro- pio en atencion á las invencibles limitaciones an- teriormente señaladas. — Plan general y enuncia- cion concreta de sus partes capitales. — Reduci- do valor y pequeño alcance que el autor concede á su trabajo y elemental carácter que con empeño ha tratado de imprimirle. — Motivos de su con- ducta en la presente <i>Introduccion</i> ). . . . .	17
PARTE PRIMERA — LA CIENCIA. . . . .	25
Bases y premisas necesarias para principiar el estudio de lo que este término abraza. — El pensar como actividad constante é involuntaria del espíritu; la conciencia racional; el Objeto del conocer; su cognoscibilidad . . . . .	27
Primer concepto de la Ciencia. — El conocimiento como factor simple de su interior contenido. . .	29
¿En qué consiste el conocimiento?—Su infinitud. . .	29
Formacion del verdadero concepto de la Ciencia, partiendo de su concepto vulgar. — Citas oportu- nas. — Ampliacion de lo dicho respecto al cono- cer. — Condiciones indefectibles del conocimien- to científico, que marcan la completa y radical distincion entre ésta y toda otra fase del conocer. — Rasgos salientes de un bosquejo general de esta teoría. — El conocimiento científico, princi- pal contenido de la Ciencia. — Definicion de este término. — Sus condiciones indispensables. . .	30
Condiciones esenciales de la Ciencia.— Condiciones formales: conceptos respectivos de la <i>unidad, va-</i>	

	<u>Páginas.</u>
<i>riedad y armonía</i> de la Ciencia. — Condiciones instrumentales. . . . .	34
Capitalísima importancia del <i>Método</i> . — Sus condiciones necesarias: su ley primera. — Procedimientos que les son interiores. . . . .	38
El procedimiento analítico: propia y trascendental función de este proceso lógico. — Sus notas primordiales y reflexiones más importantes respecto á ellas. — Verdadera significación y papel insustituible del análisis en la Ciencia y en la vida. .	40
El procedimiento sintético. — ¿Qué es la síntesis? — Su marcha, su función privativa y sus resultados. .	49
El procedimiento constructivo. — Armonismo en que se funda y revela. — Su función y sus resultados para el indagador en la Ciencia. . . . .	52
Propio y total concepto del <i>Método</i> . — Especial consideración de su importancia primordial y de su influencia para la indagación y construcción científica. — Reconstrucción de lo expuesto acerca del concepto total de la Ciencia. . . . .	54
PARTE SEGUNDA — DIVISION DE CIENCIA. . . . .	61
La Ciencia como <i>una</i> anterior y superior á todo otro concepto que de ella pueda formarse. — La Ciencia necesariamente <i>divisible</i> , como organismo de la Realidad que <i>és</i> y reflejo de tal organismo en el espíritu humano. — Necesidad de que la <i>Division</i> que en este lugar se efectúe haya de ser meramente lógica. — Regreso indispensable hasta la exposición de algunas verdades capitales, ya adquiridas, y proclamación del verdadero concepto científico de la Ciencia. — Solución más aceptable, dadas las condiciones del presente opúsculo, al problema de la <i>Division</i> de la Ciencia. — Fundamentos de esta división. — Crítica ligerísima de varias de las más comunes Divisiones, inexactas unas é improcedentes otras. — Reservas con que éstas deben ser acogidas. — Único criterio de <i>Division</i> que en este lugar puede ser aceptable: razones de esta afirmación. — División de la Ciencia en atención al criterio sentado. — Los Géneros Científicos. — Indicaciones respecto al concepto de cada uno de ellos. . . . .	73
PARTE TERCERA — LA FILOSOFÍA. . . . .	75



Aclaracion de doctrina. — Propia, — y respectivamente igual, — sustantividad y trascendencia de cada <i>Género</i> científico, en su peculiar esfera. — Error de atribuir á la Filosofía la excesiva importancia que conduce necesariamente á un idealismo híbrido, infructuoso y estacionario. — Funestas consecuencias del opuesto exclusivismo, relativo á la experimentacion. — El indiferentismo, el pesimismo, etc., por la impotencia de alcanzar, en uso de este medio, la clave y norma del destino humano. — Reconocimiento y proclamacion de la verdad racional sobre este punto ántes anunciada. . . . .	100
APÉNDICE — (Conclusion). . . . .	107
Supuesta incompatibilidad entre la <i>Razon</i> y la <i>Fé</i> . — Disentimiento notable de esta opinion exagerada, y ligeras consideraciones propias y valiosos testimonios científicos ajenos, en que el autor la apoya. — Innegables consecuencias que surgen de la creencia que éste mantiene, y franca protesta contra quienes, aceptando en principio el criterio defendido, infringen en la vida aquellas consecuencias enunciadas. — Un testimonio de respeto y de afecto profundísimo. — <i>Sincera y última determinacion que el autor adopta para con sus lectores, y frases igualmente sinceras, cuyo recuerdo aquél les recomienda viva y confiadamente.</i> . . . . .	115
Advertencia de la primera edicion. . . . .	115
Otra. . . . .	115











THE  
MIDLAND  
RAILWAY  
COACH  
BOOK

